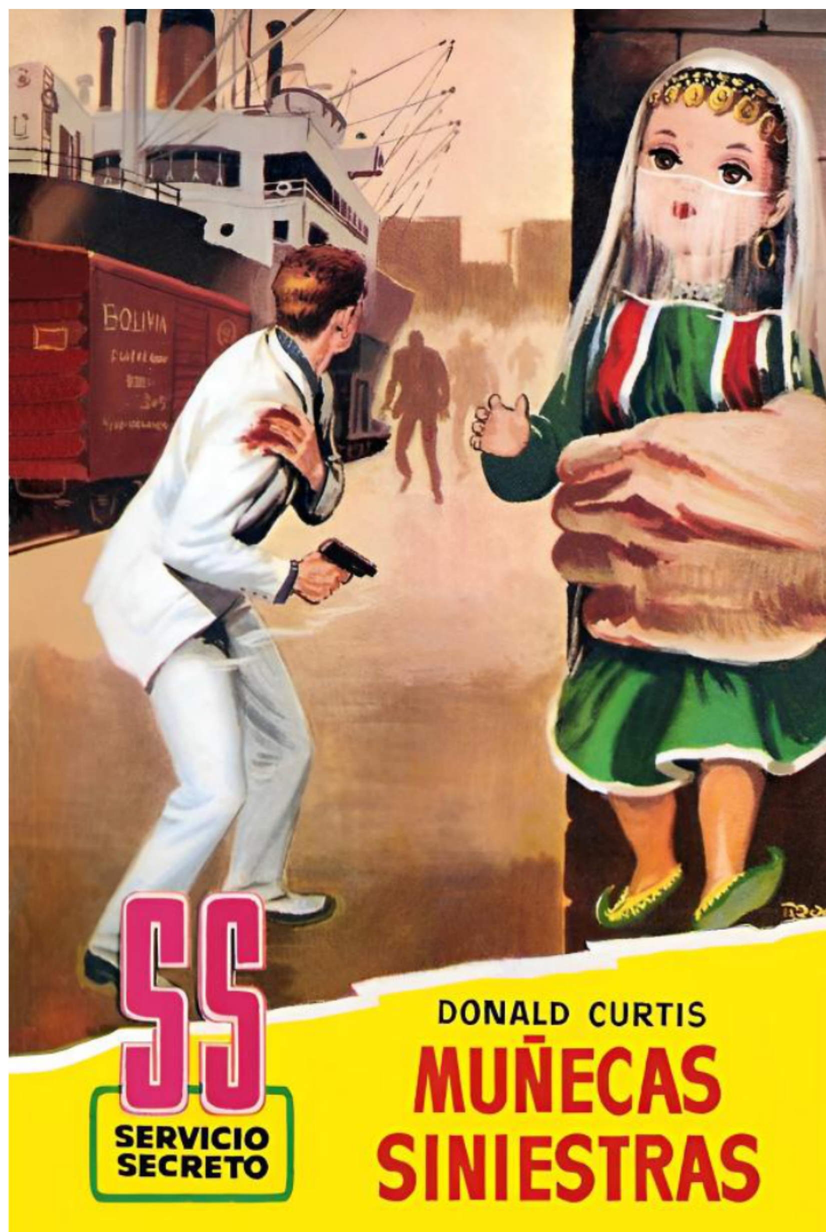

BOLIVIA
SS
SERVICIO SECRETO
DONALD CURTIS
MUÑECAS SINIESTRAS

DONALD CURTIS

MUÑECAS SINIESTRAS

1.ª EDICIÓN
MARZO - 1961



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTA

CALIFICACIÓN DE NUESTRO ASESOR MORAL



APTA PARA TODOS

DEPOSITO LEGAL B 788 - 1961

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Mora la Nueva (antes Proyecto), 2 - Barcelona - 1961

N. R. 6843/60

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

652. — Guantes negros. 665. — Dedos mortíferos. 668. — Sangre de Caín.

Colección SERVICIO SECRETO:

531. — Si muriese al amanecer. 534. — Caliente es mi sangre. 549. — La dama X.

En Colección BUFALO:

330. — Pasó un forastero. 346. — Gatillo. 356. — Centauros negros.

En Colección PANTERA:

8. — La carga de Llano Rojo. 35. — Rancho Perdido. 43. — Destino: Muerte.

En Colección TEXAS:

176. — Es mi venganza. 192. — La muerte llegó con él. 205. — El revólver es mi ley.

En Colección CALIFORNIA:

181. — El «Colt» dicta sentencia. 188. — El odio tiene raíces. 199. — El exterminador.

En Colección COLORADO:

22. — La herencia de Caín. 47. — La dama de Santa Fe. 128. — Buitres sobre Tejas.

En Colección KANSAS:

7. — Doctor «Colt».

En Colección ASES DEL OESTE:

57. — El hombre de Luisiana. 64. — Guerreras azules. 86. — La sangre de los Farrell.

MUÑECAS SINIESTRAS

POR

DONALD CURTIS



PRÓLOGO

ANGUSTIA

«Tengo que llegar yo antes…

»¡Dios mío, tienes que ayudarme! ¡He de ser yo quien llegue, quien encuentre a "Zafiro"!

»Pero no tengo fe en mí mismo, ni en mis propias fuerzas.

»Estoy herido. Muy mal herido… Ni siquiera sé si podré caminar diez o doce pasos más. No sé si caeré en esa esquina inmediata… o en la siguiente.

»Tengo que llegar antes. ¡Tengo que hacerlo, sí! Pero… ¿puedo hacerlo?

»Esta maldita tos, también dificulta más las cosas. Ahora tengo que detenerme, porque me fatigo, me flaquean las fuerzas…

»Quiero andar más. Casi no es posible… Ya me he detenido. Ahora tengo que apoyarme en esa esquina… No… No puedo dar muchos pasos. ¡Si al menos tuviera en el bolsillo un frasco de licor! No. No pretendo volver a la bebida. Es que quiero un trago. ¡Necesito un trago!

»O no seré capaz de dar un paso más…

»Pero ¿y "Zafiro"?

»¡"Zafiro"!

»El nombre me da alientos, me espolea… Soy como un caballo fatigado, maltrecho, a punto de reventar; pero que sabe que al final de la carrera está la avena, el agua fresca, la vida…

»Aunque tal vez cuando llegue a todo eso no me haga falta para nada… y reviente igual que ese caballo hipotético.

»Este maldito calor… Este sudor que corre por mi rostro, que empapa mis ropas y pega la chaqueta de hilo blanco a la carne, como si fuera una camisa metida en agua. La camisa, ni siquiera

parece serlo ya. Es mi segunda piel.

»Además, la sangre vuelve a salir. A pesar del taponamiento urgente que hice, vuelve a brotar. Alarmará a quién lo vea… Hará que me detengan…

»¡No pueden detenerme! ¡Es cuestión de vida o muerte! ¡Para mí, para otros… para "Zafiro"! Acaso para el mundo, no sé…

»Maldito calor…

»Puerto Caribe es muy cálido. Me lo dijeron siempre. Hasta ahora no me he dado exacta cuenta. Nosotros, los yanquis, dicen que somos calurosos. "Esos americanos…". Y los latinos se ríen, compadeciéndonos. «Sólo saben sudar, abanicarse y emitir quejas. Si apenas hace calor…».

»Eso dicen ellos. Yo soy americano. Y digo lo que ellos dicen que decimos nosotros… Lo cierto es que hace calor. ¡Tengo calor, diablos! Y eso es lo que cuenta para mí.

»No sé… Mi cabeza da vueltas. ¡Oh, Dios, cómo tengo el pelo! Me chorrea agua sobre la frente. No, no es agua. Es sudor. Siempre sudor. El clima infernal de esta ciudad…

»¿Y "Zafiro"? ¡Tengo que llegar hasta donde está… sea donde sea!

»¡Oh, mi cabeza…! Me duele. Parece que va a estallar…

»He de ir aprisa, caminar un poco más, doblar esa esquina. Si el coche-patrulla me descubre, creerán que soy un borracho tambaleándose… Me meterán en la camioneta de los rezagados que pasan al calabozo. Por inmoralidad o embriaguez, tanto da… O a lo mejor tengo suerte. Y ven que estoy herido. Y me atienden, y miran mi documentación. ¡Suerte he dicho! Tiene gracia. Es raro que aún tenga yo sentido del humor. O a lo mejor es que no sé lo que me digo…

»Pero ésa sería la peor suerte… Les estoy viendo. Los morenos y corteses agentes nativos, me buscarían en la empapada chaqueta mis documentos. Hermosos documentos, válgame Dios.

»Leerían: "Dick Travers. Natural de Nueva York. Veintisiete años. Turista". Eso sería suficiente. Dick Travers pasaría en el acto al calabozo. Y no precisamente al de los embriagados y libertinos, sino a otro. Del que no se salía al día siguiente.

»Esta idea me está haciendo apresurar el paso, lo advierto. Ejerce sobre mis nervios un efecto parecido al de un mazazo o un

trago de buen *whisky*. Lo malo es que no sé lo que resistirán mis nervios.

»No será muchos…

»Ya estoy en otra calle. ¡Cielos, cómo se parecen todas en este barrio! No sé dónde estoy. ¿Cómo quiero encontrar a “Zafiro”? ¿Cómo quiero hacer nada de nada?

»Estoy perdido… y conmigo todo lo demás.

»Me reclino en el muro. Busco un cigarrillo. Hay un par o tres en mi rugoso paquete. Me pongo uno en los labios. Pero lo tiro, irritado. Está húmedo, mojado como si llevara dos horas metido en un barril de agua. ¡Al diablo con él! Y con todo el paquete…

»Mi chaqueta se oscurece mucho en el lado izquierdo. ¿Es sudor eso? Lo toco…

»No. No es sudor. Es sangre. Estoy peor. Toso. Seca, espasmódicamente. Siento el salobre regusto de la sangre en mi boca. Escupo, y estoy a punto de caer de rodillas.

»Pero hay un hierro, un saliente del edificio que impide eso. Me aferro a él con todas mis energías.

»Tengo que resistir… ¡Tengo que resistir…! ¡TENGO QUE RESISTIR!

»Sigo caminando pegado a la pared, por esta calle larguísima, desierta, con olor a bebidas agrias, a sudor humano, a estiércol… Se ha levantado ahora un poco de aire fresco. Me estremece su contacto. Pero me hace bien. Mucho bien…

»Estoy andando. Más aprisa. Como un autómata o un fantasma. En cualquier momento me dejaré caer. Y todo se habrá terminado, porque sé que no podré levantarme.

»Es mejor que no piense en ello. Es mejor seguir adelante. Es mejor olvidar esto de ahora, pensar en otra cosa…

»¿Qué cosa, Dios mío? ¿Es que se puede pensar en algo que no sea “Zafiro”… y todo lo demás?

»No, creo que no…

»Pero trato de pensar. Sí, en cosas lejanas…

»Por ejemplo… ¿cómo pudo ocurrir todo esto? ¿Cómo yo, Dick Travers, turista neoyorquino, pude llegar a este extremo? ¿Lo recuerdo o se me ha borrado ya de la mente?

»No, no se ha borrado. Recuerdo aquellos momentos. Concentro mis pensamientos en ellos. Trato de evocar… ¡Está tan lejos, tan

turbio y borroso para mí ahora!

»Pero ya recuerdo. Sí, ahora está claro. Aquel día. Aquel domingo, en que empezó todo para mí. Un domingo cualquiera, que parecía vulgar, igual a cien, a mil domingos anteriores…

»Pero no fue igual para un tipo llamado Dick Travers.

»Y ese tipo soy yo…».

CAPÍTULO PRIMERO

DOMINGO

Puerto Caribe no se diferenciaba mucho de cualquier otro lugar de las Indias Occidentales.

Tenía sus palmeras, sus edificios blancos, encalados y brillantes, como deslumbradores decorados para cualquier película de Robert Mitchum, abundante en *calypsos*, botellas de ron y exuberantes mulatas bajo el girar perezoso de los ventiladores colgados del techo.

Sólo que allí no había ningún famoso actor de Hollywood fingiéndose un tipo perdido en las Islas, ni una morenita que pareciese realmente atractiva, desde la cubierta del «Trinidad», aquel viejo barco de cabotaje transformado en algo de decente apariencia, gracias a una capa de pintura nueva y al blanco de los uniformes de sus tripulantes, que durante la travesía desde Florida no había sido tan blanco ni muchísimo menos. O así lo recordaba Dick Travers.

Las mujeres de Puerto Caribe, al menos las que podían verse pululando por el muelle donde atracó el «Trinidad», eran gordas, de piel reluciente, color chocolate, senos como globos desinflados y caras amazacotadas, bajo un boscaje de rizos negros y ásperos. Los hombres, sudorosos y fatigados, como si alguna vez hubieran hecho algo digno de cansarles. Dick estaba seguro de que ninguno de ellos movió jamás un objeto que pesara más de cinco o seis libras. Y aún eso, poco prodigado.

Había bastante gente en el muelle. Tal vez porque era domingo. O tal vez porque allí nunca se trabajaba. Las horas de fuerte sol servirían para dormir la siesta o tomar un refresco en un porche relativamente umbrío. Cuando se ponía el sol y el calor cedía un

poco, la gente se iría a bailar o a dormir, para reunir fuerzas a la mañana siguiente. Y así indefinidamente.

Travers suspiró. No le gustó Puerto Caribe. No esperaba tampoco que le gustara. En realidad, había pocas cosas dignas de atraerle. Se preguntó por qué diablos tenía que encontrarse ahora allí. Se podía descansar en cualquier parte del mundo que no fuera precisamente Puerto Caribe.

Estaba riéndose un poco de sí mismo mientras descendía, maleta en mano, la pasarela del barco de cabotaje, en el que hizo la travesía desde Miami. Recordaba el momento en que resolvió tomar el primer barco que saliera, con rumbo a cualquier parte. Había pedido un pasaje. Y resultó ser en aquel buque mixto, de carga y pasajeros, rumbo al Caribe.

Le había tenido sin cuidado su destino. Era un hombre que necesitaba cambiar de ambiente. No es que Miami se pareciese a Nueva York en nada, pero después de todo, era también parte de Estados Unidos. Dick Travers estaba seguro de que todo sería mucho más fácil fuera del país. Por eso siguió adelante con su idea.

Ahora, a la vista de Puerto Caribe, destino final del barco, no se sentía tan seguro de ello. Pero, a pesar de todo, no retrocedería. Disponía de cierto dinero. Y de tiempo. Mucho tiempo. Podía perder parte de él. Quizá, después de todo, fuera un auténtico descanso. Y una solución.

Pisó el suelo de tierra. Crujía esta bajo sus zapatos blancos. Era tierra seca, ardiente y rojiza. Contrastaba mucho con el blanco de los muros encalados y de los trajes de hilo. También con las velas de las embarcaciones alineadas en el embarcadero de un Club Náutico cercano, al final del muelle.

—¿Hotel, señor? ¿Fonda buena y barata? —preguntó en español una voz.

Se volvió. El que hablaba lo hacía con voz chillona, muy latina. Era un muchacho, casi un niño. Muy moreno, de grandes y expresivos ojos negros, tez cobriza, cabello casi azul. Y ropas humildes, gastadas, llenas de remiendos y costuras. Iba descalzo. Dick lo miró con un aire pensativo en sus ojos grises.

—No sé mucho español —respondió en la misma lengua—, pero te entendí, muchacho. ¿No hay hoteles buenos en Puerto Caribe?

—Claro, señor —asintió el muchacho, abriendo mucho los ojos

—. Hay varios. El Hotel Príncipe, el Hotel Nacional, el Isleño, el San Antonio… Pero son muy caros. Yo le puedo llevar a uno mejor. Más barato…

—Me gusta vivir bien —rezongó Dick Travers—. Y bañarme a diario.

—Seguro —rió el muchacho, mostrando una dentadura blanca e igual—. Allí hay baño. No lo usa nadie casi nunca, de modo que nadie le impedirá que lo utilice una docena de veces al día.

Era toda una razón convincente. Dick Travers rió de buena gana. Luego apuntó:

—¿Y la comida? No quiero salsas picantes ni especias de esas que usáis por aquí —se tocó el estómago, significativo—. No estoy muy bien, ¿sabes? Vengo convaleciente.

—Oh, no se preocupe. Héctor guisará para usted sin picante. Pero eso, con un buen licor, se pasa bien…

El rostro de Dick se ensombreció. Encajó las mandíbulas, seriamente, al responder:

—No bebo, hijo. Ni gota.

—¡Oh! —Sus ojos se dilataron increíblemente—. ¿No es usted yanqui?

—Claro. Pero no bebo. No todos bebemos, hijo.

—Bueno, si usted lo dice… —Se encogió de hombros. Estiró la mano—. ¿Le llevo la maleta?

—Sí, llévala —suspiró Dick—. Probaremos ese paraíso. Supongo que nadie me impedirá marcharme a otro, si no me gusta.

—Nadie, señor… —El muchacho soltó una carcajada, echando a andar con su equipaje—. Pero no se irá; yo lo sé. No se irá, señor…

Perplejo por su seguridad, Dick echó a andar tras él, entre el bullicio multicolor del muelle. Por un momento temió que iban a hacer el viaje a pie. Pero tuvo una agradable sorpresa al descubrir un cochecito tirado por dos mulas. El muchacho tiró al pescante su maleta, subió él mismo de un salto y le señaló el asiento posterior, exclamando con jovialidad:

—¡Arriba, señor! Hay algunas cuestas hasta llegar al Hotel Jamaica. Iremos mejor en el coche.

Evidentemente, decir que había «algunas cuestas» era un exceso de optimismo. Aquello era una montaña rusa, entre callejas empedradas, un solo par de vías céntricas asfaltadas y una infinidad

de laberintos callejeros con simple tierra por suelo y salpicado de baches. Llamar «hotel» al Jamaica era también un alarde de imaginación. Dick ni siquiera se atrevió a denominarlo «fonda», por temor a excederse.

Estaba edificado en la parte alta de la ciudad, sobre una colina a la que se encaramaban las viviendas, blancas y sencillas, con un irregular trazado. Era un local amplio, de viejo estilo español, paredes estucadas y largo porche. Crecían varias palmeras junto a una tapia blanca inmediata. El lugar olía a vegetación. Y a calor.

Dick descendió del coche de mulas. Se acercó a la casa, acompañado del muchacho.

—Ahora conocerá a Héctor Bruno —informó el chico—. Héctor Bruno es un buen hombre.

—¿Es el dueño del Jamaica? —se interesó Dick.

—Sí. Yo trabajo para él. Mi nombre es Pablo, señor.

—Bien, Pablo —Dick le palmeó la espalda—. Espero que me alegre de haberte conocido.

—Seguro, señor. Estará muy bien aquí —afirmó el muchacho.

Héctor Bruno resultó ser realmente simpático. Era obeso, moreno y de lacios bigotes poblados, sobre sus labios gordos y ligeramente caídos. Hablaba aprisa, en un español demasiado rápido para Dick, y en un inglés demasiado malo, pero que era preferible.

En cambio, las habitaciones eran mejores de lo que el aspecto general del Jamaica hacía prever. No se podían comparar con las del Waldorf Astoria, pero tenían una buena cama, amplitud, un ventanal asomado a la bahía, con la vista de los Cayos sobre el azul, frente a Puerto Caribe y un cuarto de baño contiguo, que seguramente era el único en toda la casa.

Dick Travers casi se sintió a gusto. Y mucho más después de tomar una ducha, asearse y cambiar sus ropas por otras todavía más livianas y, sobre todo, frescas. Empezó a experimentar cierta simpatía por Puerto Caribe y su vida simple, tan distinta a la que él había conocido siempre.

—Tal vez acerté, después de todo, la única vez en que hice algo espontáneo, sin meditarlo antes —se dijo bajando las escaleras de la fonda. E incluso silbó alegremente «Corazón latino», al pisar las baldosas rojas del vestíbulo. Lo habían regado poco antes y olía a

frescura, a tierra húmeda.

—¿Se marcha, señor? —preguntó Héctor Bruno, dejando de regar unas macetas del patio, al oír sus pasos hacia la salida.

—Sí. Voy a recorrer un poco la población —explicó Dick—. ¿A qué hora se almuerza?

—¡Oh! A la que usted quiera —sonrió Bruno, encogiéndose de hombros—. Sólo está usted de huésped. Y una cliente, la señora Acosta. Pero ésta es muy rara. Casi nunca viene a comer.

—En ese caso, yo vendré a las doce —consultó su reloj—. Son las diez ahora. Tengo un par de horas para recorrer la ciudad. Creo que me sobrará tiempo.

—No lo crea —observó Héctor Bruno—. No es tan pequeña, aunque lo parezca. Hay barrios que distan una milla del centro. Puerto Caribe está creciendo mucho ahora.

Dick meneó la cabeza afirmativamente, por no desalentar al hombre, y se encaminó a la salida. Ya en ella, con una mano en el tirador de la puerta, se detuvo al oír una voz femenina en la escalera:

—Héctor, hoy vendré a comer. No lo olvide.

—¿De veras, señora Acosta? —Hubo sorpresa en el tono de Héctor—. Está bien, lo tendré en cuenta. ¿A las doce?

—O a la una, sí —respondió la mujer—. Hoy se marchan mis amigos. Voy a despedirles. Hasta luego, Héctor.

—Adiós, señora Acosta.

Dick Travers salió. Ya en la acera se detuvo, mirando a un lado y otro, como dudando hacia dónde dirigirse. El sol hacía brillar cegadoramente el blanco de las fachadas enjalbegadas.

La señora Acosta salió de la fonda. Le rozó, con un fuerte olor a perfume. Le pareció un aroma de violetas, pero no estaba muy seguro de eso. Se alejó calle abajo, sin vacilaciones. Dick la observó.

Morena y esbelta, bastante alta. Las piernas eran bonitas y la falda corta, de un gris humo, muy ceñida a sus caderas. Tendría unos cuarenta años, pero todavía hacía que uno se fijara en ella. El rostro apenas lo captó de refilón al pasar junto a él la mujer. Le pareció atractivo, levemente ajado, broncíneo y de recta nariz. La señora Acosta se perdió por la pendiente, al doblar una esquina, entre la chiquillería que daba patadones a una pelota de goma rajada.

Travers suspiró. Luego echó a andar. Era un curioso impenitente. Siempre lo había sido. Una vez, en Nueva York, una vecina le denunció por espiarla. Lo cierto es que ella tenía razón. Pero no se debe hacer gimnasia en bikini, frente al apartamento de un soltero, cuando la que usa el bikini tiene la anatomía que tenía aquella dama. De todos modos, más tarde hubo de agradecerle su fea costumbre. Dick vio entrar a unos ladrones en aquel apartamento. En esta ocasión, fue él quien hizo una denuncia. La policía cazó a los rateros y la vecina le mostró su gratitud con nuevas sesiones de gimnasia en bikini… sonriéndole en vez de denunciarle de nuevo.

Pero eso quitó a Dick todo interés por la damita. Que él recordase, nunca volvió a fisgonear en su vida. Quizá después de eso, la vecina tampoco se molestó en hacer gimnasia ni en usar bikini.

Héctor Bruno había dicho que la señora Acosta era una mujer rara. Allá ella con sus rarezas. Después de todo, eso no era cuestión suya. Caminó calle abajo, hacia el centro de la población. Tenía dos horas por delante aquella mañana dominical. Y por lo que dijera Héctor, Puerto Caribe era bastante más amplio de lo que parecía.

Lo era. Amplio y fatigoso.

A las doce era un Dick Travers cansado de caminar por pavimentos infernales y por cuestas empinadísimas el que regresaba al Hotel Jamaica, en la colina de la bahía. Cuando Héctor le preguntó por el resultado de su excursión matinal, no dejó de advertir el tono irónico en la voz del fondista. Fingió pasarlo por alto.

Almorzó solo. La señora Acosta no apareció en el pequeño y desierto comedor. La comida fue más apetitosa de lo que él esperaba, y Bruno le informó, señalando a una mesa contigua, con el servicio puesto, pero sin comensal.

—¿Lo ve? Ya le dije que la señora Acosta era una mujer rara. Tampoco vendrá.

Dick terminó su comida sin que ella hubiese llegado. Lamentó no tener una compañera con quien charlar, para matar un poco su aburrimiento. Se retiró a su habitación. El calor era denso, pegajoso. Caía sobre las islas como plomo derretido y no soplaba ni una leve brisa que aliviara la pesadez del día. Le venció el clima y se acostó la siesta. Quizá no hacía una cosa así en años. Pero en

aquellas latitudes, dormir la siesta era algo tan fundamental como hacer dos comidas o beber cosas frías.

Se despertó con la tarde ya declinada. El domingo tocaba a su fin. Encendíanse luces en Puerto Caribe, como sierpes reptando por las callejas empinadas.

Estaba bañado de sudor. Se incorporó, enjugándose la piel mojada. Bebió un trago de soda y se cambió nuevamente de camisa. Uno necesitaba docenas de camisas en un lugar como aquél.

Descendió a la planta inferior. Héctor debía andar por las dependencias interiores. Salió al patio, florido y aromático, fumando un cigarrillo con parsimonia. En la distancia escuchó música de guitarras. También una voz varonil, atenorada, cantaba algo. «Noches de Ronda», le pareció. A ritmo de lánguido bolero, casi hablado.

Era un lugar extraño. Poseía algo. Tal vez un embrujo especial que se adueñaba de uno. Allí parecía no existir el tiempo. Saltar de los Estados a Puerto Caribe era como salvar una barrera imposible. Ir al pasado, a las épocas en que la televisión, los frigoríficos eléctricos y los proyectiles dirigidos estaban solamente en la imaginación de escritores a quienes nadie tomaba en serio.

Aplastó el cigarrillo en la roja tierra húmeda de un gran tiesto y salió al exterior. La noche había caído. Las luces eran difusas en aquellos lugares. Pero en la distancia, colina abajo, la ciudad tropical ardía en colores luminosos. Rótulos fluorescentes, semáforos, escaparates de tiendas. Allí, Puerto Caribe era una ciudad más. Dejaba atrás el tipismo, en sus barrios extremos. Solamente los singulares policías de tráfico, con su uniforme *beige* y su casco blanco, resultaban pintorescos, inefables.

Descendió por las callejas empedradas, entre los fantasmas blancos de los muros encalados. Olía a frituras, a hervido de frijoles, a cerveza agria o a carne morena. Una joven mulata exuberante rió incitante a su paso. Y cuando él la miró, ella le mostró la lengua, en un pícaro gesto de burla.

Un guitarrista ciego tocaba frente a un establecimiento de bebidas. En los cristales oscuros de sus gafas se reflejaban las luces amarillas del local. El olor a ron y a *whisky* barato hirió el olfato de Dick Travers. Se estremeció.

Apresuró el paso, dejando atrás el local, el guitarrista ciego. Sólo

le siguió el rasgueo de las cuerdas repitiendo una vieja melodía cubana: «Siboney».

Alcanzó la calle principal. Compró unas revistas ilustradas americanas en un puesto de periódicos. Tenían un atraso de cuatro fechas. Pero no las había leído. Servirían para combatir el tedio.

Los cinematógrafos disfrutaban de igual demora en sus programas. Las películas que exhibían databan de dos temporadas atrás y las había visto todas. En un teatrillo de aspecto populachero se anunciaba un espectáculo de variedades. Las fotografías y afiches de su fachada hubieran hecho ruborizar a un yanqui puritano. E incluso a uno que no lo fuera. Pero Dick Travers estaba por encima de ambas clases de americanos. Sonrió ante la exhibición de bellezas femeninas. No es que todas fuesen bellezas, pero no cabía duda de que eran femeninas. Los fotógrafos y dibujantes habían cuidado bien de dejar patente este pequeño detalle.

Adquirió una localidad de platea para aquella noche. Después de todo, tal vez resultara divertido. Le costó cinco pesos. La moneda local no estaba muy alta, de modo que no resultaba un lujo caro ir al teatro.

Le entregaron el boleto y se volvió para reanudar su paseo por la calle principal de Puerto Caribe. Entonces, la vio.

Caminaba como un autómata. La cabeza erguida, los ojos fijos y vidriosos, el cabello lacio, embarrado, sucio. Y un largo rasguño o corte en la mejilla había sangrado, manchando su traje color gris humo. Un policía de uniforme verde claro y gorra de plato jalonada de amarillo la conducía firmemente, sujetándola por un brazo. Algunos curiosos se volvían a mirar.

Era la señora Acosta, su compañera de hospedaje.

Se creyó obligado a intervenir en la cuestión. Si la dama había sufrido un accidente, era justo interesarse por ello, aunque fuese una perfecta desconocida para él.

Dejó pasar un desvencijado automóvil y un coche de caballos destinado a la recogida de las basuras, con el escudo municipal de Puerto Caribe, antes de cruzar la calzada, para llegar ante la señora Acosta y el agente de policía.

—¿Le ha ocurrido algo a esa señora, agente? —preguntó en español.

El policía parpadeó. Era moreno, cejijunto y poco risueño.

Pareció estudiarle con cierta prevención. Luego interrogóle su vez, sin que la mujer se hubiera movido, hubiese despegado los labios o hubiera revelado el menor interés por Dick:

—¿Es usted amigo o familiar suyo, señor?

Lo había hecho utilizando un inglés primitivo pero inteligible, lo cual daba por descontado que conocía su nacionalidad a la primera ojeada. Dick respondió ahora en su idioma propio, cuidando de no hacerlo con demasiada velocidad:

—No. Pero me alojo donde ella vive. Por eso me he interesado. ¿Qué sucede?

—Ni yo mismo lo sé —gruñó el policía, encogiéndose de hombros—. Usted es americano, ¿verdad?

—Sí. Mi nombre es Dick Travers.

—¿Lleva tiempo en Puerto Caribe?

—¡Oh, no! Llegué esta misma mañana. Apenas si he visto un momento a esta mujer.

—¿Y a pesar de ello interviene usted, preocupándose por ella?

—Sí. Opino que uno debe ocuparse de los demás, cuando les ocurre algo, sin importar mucho el grado de relación entre unos y otros.

—Ya. —El policía hizo un gesto escéptico—. Bueno, señor, si quiere, puede acompañarnos al cuartelillo de policía. ¿Conoce el nombre de esta señora?

—Sé que se llama señora Acosta. Nada más… —La miró perplejo. Continuaba igual que una esfinge, ajena por completo a lo que pasaba en torno suyo—. ¿Ella no le ha dado su nombre?

—Ella no ha dicho nada. Nada más que tonterías —gruñó el policía, irritado—. Por eso le agradecería que me acompañase, para aclarar esto lo mejor posible ante el comisario. Ella dice que ha perdido la memoria. No se acuerda de nada. Ni sabe quién es, ni cómo se llama, ni dónde vive, ni por qué está así, herida y sucia de fango.

—¡Diablo! —Dick Travers estudió a la mujer. El policía había reanudado la marcha, para eludir al creciente número de curiosos que se detenía en torno suyo, y Dick le siguió—: Esta mañana parecía perfectamente normal. Aseguró que iría a comer a la fonda donde resido. No acudió. Pero el dueño dice que esto es habitual en ella. ¿Sufriría, acaso, esos ataques con frecuencia?

—No lo sé, señor. Pero si es así, es la primera vez que la he visto.

—¿Dónde la encontró?

—En el barrio de Montecristo, cerca de las nuevas factorías metalúrgicas. Vagaba por allí como una sonámbula. ¿Y sabe qué es lo más raro?

—No. ¿Cómo voy a saberlo? —sonrió Dick.

—Bueno. Pues, además de vagar como un fantasma, decía cosas extrañas. Las repetía como una cantinela.

—¿Cosas extrañas? —Se intrigó Dick Travers.

—Sí. Decía una y otra vez que «eran tres muñecas». Y que «el hombre, cuando cayó de las vigas, estaba muerto y ella lo vio…».

De pronto, la voz tensa, monocorde y extraña de la señora Acosta sobresaltó al policía e hizo dar un respingo a Dick.

—Sí, eso es cierto —dijo sin entonación, como recitando algo aprendido de memoria—. *Eran tres muñecas, tres preciosas muñecas… Yo vi al hombre caer… caer ante mí, desde las vigas de hierro. Estaba muerto… Asesinado… Yo lo vi…*

CAPÍTULO II

¿DELIRIOS?

El comisario Valverde era un hombre enjuto, pequeño, de cabello muy blanco, ojos pequeños y agudos, indumentaria descuidada y tez oscura, ligeramente rugosa en el rostro, más por su gesto peculiar que por auténtico envejecimiento.

—Señora Acosta, ¿qué significa eso de las tres muñecas y del hombre que cayó de las vigas? —repitió por enésima vez, con admirable paciencia, sepultadas las manos en sus bolsillos, y con la cabeza ligeramente ladeada, según parecía habitual en él.

La mujer sentada frente a él le miró inexpresivamente, con sus ojos muy abiertos. No pareció oírle. No experimentó la menor reacción.

—Me parece que todo va a ser inútil, comisario —observó gravemente Dick Travers, fumando un cigarrillo con calma, apoyado en el muro de la oficina grande y destartalada del Cuartel de Policía de Puerto Caribe—. Ella no hablará. Lo más que hará, será repetir lo que ya ha dicho.

Valverde resopló. Luego escudriñó con aire pensativo a Travers.

—¿Se cree que no lo sé? —observó suavemente. Encogió sus hombros, irritado—. Esta mujer es un trozo de piedra o un objeto de madera. Algo inanimado. He avisado al doctor Muller. Es nuestro médico siquiatra, especialista en enfermedades nerviosas y mentales. Dirige el Sanatorio Muller, a tres kilómetros de la población.

—¿Es alemán?

—Hijo de alemanes. Ha nacido aquí. También ejerce el cargo de médico forense, cuando es necesario. No me fiaría de ningún otro médico local para eso. La mayoría son viejos, borrachos y

perezosos.

—Ya. —Dick Travers rió entre dientes. Luego, preguntó con serenidad—: ¿Usted cree esa historia de un hombre asesinado?

—Claro que no. No ha habido asesinatos en Puerto Caribe en las dos últimas semanas. He telefoneado a varios puestos, por si saben algo. Hoy no ha ocurrido cosa alguna que permita sospechar nada parecido. Ni desaparecidos, ni muertes en circunstancias dudosas, ni nada de todo eso. Evidentemente, ella delira. El hecho de que mezcle tres muñecas con ese hipotético hombre que cayó de «unas vigas», lo demuestra, señor Travers.

Dick meneó la cabeza, como si aceptara con una afirmación las palabras del comisario. Pero distaba mucho de ello, y su mirada no se apartaba ahora de la inexpresiva faz de la señora Acosta. A su vez, Valverde no dejaba de estudiarle a él, de soslayo.

—Usted no cree eso, ¿verdad? —apuntó de pronto.

—No sé qué creer —Dick giró la cabeza hacia él—. Es un caso raro.

—Ustedes, los yanquis, tienen mucha imaginación. O han leído demasiadas novelas policíacas. Ven un misterio en cada cosa, por vulgar que sea. Desengáñese, señor Travers. Estamos ante una pobre mujer que ha sufrido un ataque de amnesia o un simple *shock* que la ha dejado en un estado lamentable y la hace delirar. No hay misterio en esto. No para nosotros, ciertamente. Si acaso, para los médicos.

—Usted tiene más experiencia que yo en estas cosas —aceptó Dick, con un ademán elocuente de sus manos—. Pero, a pesar de todo, aun admitiendo que usted tenga razón, ¿no cree que debe ser investigado todo lo que se relacione con esta mujer? No soy un hombre imaginativo, como usted dice. Sin embargo, creo que hay algo raro en lo que sucede. He visto a la señora Acosta por la mañana, un par de horas antes del mediodía. Era una mujer perfectamente normal. Ahora… ahora dista mucho de parecer tal cosa.

—Por eso le digo que es un caso para la ciencia, no para la policía —sonrió Valverde, regresando a su escritorio con un suspiro. Una vez allí, sentóse y tomó una carpeta. Extrajo de ella unos documentos, que ojeó con aire ausente. Sin embargo, concentraba su atención en ellos, pese a tal apariencia, porque declaró,

golpeándolos con los dedos—: Estos documentos afectan a nuestra rara paciente, señor Travers. Ella es centroamericana. Exactamente, costarriqueña. Estaba casada con un portugués-brasileño, Ademar Acosta. Era dueño de una flotilla de pesqueros de poco tonelaje, en el Caribe. El negocio iba bien. Un día tropezó con una mina, olvidada en tiempos de la Guerra Mundial. Se hizo añicos con su barco. Murió, naturalmente. La viuda pensó en seguir el negocio, pero fracasó. Malvendió el resto de barcos de pesca de su marido y se trasladó a Puerto Caribe. Aquí se dedicó a vivir sin muchas preocupaciones, y su limitada fortuna se fue al agua. Ahora andaba algo apuradilla, según creo. Ocupa, como usted dice, una habitación en el Hotel Jamaica, donde usted reside. Es el típico ejemplo de la mujer que no supo administrarse ni ver el futuro con ojos prudentes. No me sorprendería que, en ese estado, haya bebido demasiado últimamente, y ahora sufre las consecuencias. Ésa es la señora Acosta. Alma Acosta, para ser más exactos. La mujer que ahora tenemos aquí en tan lamentable estado, señor Travers.

—Entiendo —suspiró Dick—. Usted lo atribuye al licor. Es curioso. Mucha gente culpa al alcohol de todas las cosas, sin pararse a pensar que antes, uno mismo fue culpable de muchas más cosas. Y que otras personas pueden ser culpables también de lo que el alcohol no hace sino incrementar o empeorar, sin ser causa directa.

—No defienda a los alcohólicos —sonrió Valverde—. Y mucho menos en estas latitudes. El calor es mal consejero para el que no quiere beber. Una botella con licor resulta, la mayor parte de las veces, una tentación demasiado fuerte para cualquiera.

Abrió un cajón de su mesa y extrajo un frasco-petaca de licor. Lo alzó en el aire. Contenía un líquido ambarino, transparente. Sonrió, destapándolo.

—Yo mismo bebo, señor Travers. Pero con mesura. No soy un alcohólico ni mucho menos. ¿Quiere un trago?

—No, gracias —replicó Dick, con rapidez, quizá con demasiada rapidez.

Valverde bebió un corto trago. Luego limpió la boca del frasco. Mientras lo cerraba, comentó con descuido:

—Es raro. Todos los yanquis que conocí bebían en abundancia. Resulta extraño que usted no beba. ¿No tiene sed o no le gusta el licor?

—No me gusta.

Valverde no dije nada. Sus ojos le estudiaron de soslayo. Luego guardó el frasco, cerró el cajón y se dispuso a decir algo a sus subordinados. En aquel momento repicó el teléfono. Lo descolgó, con gesto lento, perezoso, y preguntó:

—¿Dígame? —Una pausa corta, que luego se repetiría varias veces—. Sí, soy yo, Valverde… ¿Qué hay? ¿Nada de particular? ¿Todo normal por ahí? Sí, está bien, Marcos. No, nada más, gracias. Puede volver al cuartelillo.

Colgó. Sin soltar el auricular aún, alzó las cejas y miró a Dick fijamente.

—Nada —informó—. Mis hombres han batido la zona del barrio de Montecristo, donde fue hallada la señora Acosta. No ha ocurrido nada esta noche ni esta tarde. La vecindad nada ha visto. Mis hombres no han encontrado cosa alguna sospechosa. Creo que esto lo zanja todo, ¿no cree?

—Eso parece —admitió Dick de mala gana.

En ese momento se abrió la puerta. Un hombre rubio y fornido apareció con un maletín negro en la mano. Su rostro, ancho y grueso, transpiraba intensamente. Se enjugó el sudor con un gran pañuelo color azul, y preguntó a Valverde:

—¿Dónde está mi paciente, comisario?

—Aquí, doctor Muller. Es la señora Acosta. Al parecer sufre amnesia. Y dice cosas extrañas, posiblemente delirando. Pero eso usted ha de resolverlo.

Muller contempló a la mujer. Afirmó con la cabeza, grave su expresión.

—Trataré de hacerlo así —dijo sencillamente.

La ambulancia se alejó, con un aullido de su sirena de alarma. Dentro iba Alma Acosta, la mujer que sufría el extraño ataque amnésico.

En el porche del edificio destinado a cuartel o comandancia de la policía local, tres hombres presenciaron su marcha, hasta doblar la esquina inmediata: Valverde, el doctor Muller y Dick Travers.

—Era cuanto podía hacerse —apuntó con tono pensativo el médico—. Esa mujer estará mejor en la clínica, hospitalizada por algún tiempo y sometida a tratamiento.

Dick Travers encendió un cigarrillo con lentitud, al tiempo que

preguntaba:

—¿Usted está totalmente seguro de que existe amnesia?

—Sí, por completo —aseguró Muller—. He conocido a gente que la fingía, pero, a la larga, caía en algún momento. Ella, no. Ha resistido bien las pruebas, lo cual demuestra que su pérdida de memoria es cierta. No sabe quién es ni nada relacionado con su existencia anterior. En cambio, insiste sobre esas tres muñecas y el hombre que cayó de alguna parte, y que estaba muerto al verlo ella. Asesinado, según dice.

—¿Eso también puede ser cierto?

—No. Es dudoso, señor Travers. Podría ser cierto y constituiría por sí solo la razón de esa amnesia. Pero juraría que se trata de una alucinación o una deformación síquica de algo que le quedó grabado en la mente al perder la noción de lo sucedido antes.

—Un simple delirio, ¿no es eso? —apuntó Valverde.

—Sí, creo que sí. Nada más que una alucinación o una idea retorcida, deformada por su mente enferma. Es evidente que la señora Acosta ya estaba algo trastornada mentalmente antes de sufrir esta crisis. Será cosa de estudiarla con calma, para saber mejor a qué atenerse. ¿Es familia suya, señor Travers?

—No, no —sonrió Dick—. Lo cierto es que he sido un simple curioso, abusando de la amabilidad del comisario.

—No tiene importancia. —Valverde se encogió de hombros—. Imagino que un americano que viaja por turismo no encontrará en un sitio como este muchas diversiones.

—¡Diversiones! —Dick se irguió—. ¡Diablo, ahora recuerdo que tengo una entrada para el teatro!

—Entonces ya puede apresurarse —bostezó el comisario—. O llegará tarde.

Llegó tarde. Pero, al menos, vio la segunda parte completa y el final de la primera. Era más que suficiente para hacerse idea de lo que era todo el espectáculo. La escandalosa propaganda del exterior resultaba de una inocencia extrema al lado de lo que desfiló por el escenario, sin que nadie se escandalizara demasiado, entre el escaso público concurrente.

Dick Travers salió del teatro a medianoche casi. Recordó que no había cenado, pero Puerto Caribe era un sitio asombroso en muchas cosas. Había aún locales abiertos, y en uno pidió un par de

bocadillos. Observó el gesto de extrañeza del barman cuando solicitó una limonada en vez de licor.

Estaba engullendo el segundo bocadillo cuando vio pasar dos coches de la policía y, posteriormente, un camión desvencijado, con algo cargado en él. Mostró su sorpresa.

—¿Es que no se duerme nunca en esta población? —inquirió al empleado del mostrador.

—¡Oh, sí! Se duerme como en todas partes —sonrió el morenito, exhibiendo una dentadura deslumbrante—. Esta noche es excepcional.

—¿Por qué? ¿Están de fiestas?

—No, no. Las fiestas empiezan la semana próxima, señor. Entonces sí que no duerme nadie. Hoy es diferente. Andan revueltos con lo ocurrido en la carretera.

—¿En la carretera? ¿Qué ha ocurrido?

—¿No lo sabe? Un accidente desgraciado. Un automóvil chocó con una ambulancia, dándose luego a la fuga, asustado sin duda de lo ocurrido. El chófer de la ambulancia resultó seriamente herido. En cuanto al paciente que viajaba dentro… murió.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Dick Travers. Súbitamente sintióse desganado y el estómago sufrió una desagradable contracción cuando interrogó:

—¿Sabe usted quién iba en esa ambulancia?

—Claro, señor. Una mujer. Una tal Alma Acosta, que dicen había sufrido un ataque de amnesia. La sacaron ya cadáver de la ambulancia, volcada en un terraplén.

—¿Todavía sigue creyendo que ella deliraba al hablar de un asesinato?

El comisario Valverde estudió con aire crítico al hombre erguido ante su mesa. Se mesó lentamente los blancos cabellos despeinados y habló, fatigado:

—Mire, señor Travers… Empiezo a sentirme cansado de sus intromisiones. No veo razón alguna para que las cosas hayan cambiado de aspecto. Ha habido un infortunado accidente, y eso es todo. La señora Acosta ha muerto. ¿Pretende crear una novela fantástica, con unos asesinos misteriosas que lanzan un coche contra una ambulancia para silenciar a la testigo de un inexistente crimen? Vamos, vamos, formalidad. Eso tal vez suceda en su país,

pero no en Puerto Caribe.

Dick se echó atrás, exasperado. Era irritante chocar con un escéptico como Valverde.

—Está bien, tal vez no sea así. Pero no deja de resultar francamente extraño que una mujer que repite algo sobre un crimen, muera violentamente en un choque y los culpables de ese choque desaparezcan. ¿No piensa investigarlo, comisario?

—Nadie tiene que enseñarme lo que he de investigar o no —avisó suavemente el policía—. Detesto a los detectives aficionados y a los tontos que se creen demasiado listos. ¿Va a dejarme en paz de una vez?

—Supongo que no tengo otro remedio. Pero si yo fuese familia de la señora Acosta removería esto hasta el fondo. Y estoy seguro de que allí encontraría algo sucio y poco honrado.

—Muy bien. Busque entonces, si ése es su gusto. Pero le advierto que no va a encontrar mi simpatía ni la de ningún policía de Puerto Caribe, si sigue por ese camino. Es más, le advierto que si se inmiscuye en lo que no le importa, puede encontrarse con una invitación a salir del país, como persona «no grata».

—Lo único que he intentado es hacerle ver lo poco claro que está todo esto, comisario. Ahora, allá usted con sus problemas y con su conciencia de hombre y de policía. Lo único lamentable es que una mujer haya muerto, que, posiblemente, otra persona muriese en algún lugar de la ciudad aún hace pocas horas, y que usted cierre los ojos a toda evidencia. Buenas noches, comisario. Y gracias por su aviso. Lo tendré muy en cuenta.

Se volvió con brusquedad, encaminándose a la salida de la comisaría. Valverde le siguió con aire taciturno, sin comentar nada. Cuando la puerta se hubo cerrado tras el norteamericano, los ojos del comisario se entornaron, con una expresión indefinible.

Estiró la mano, aferrando el auricular del teléfono. Marcó un número determinado. Tras una espera, habló:

—Oiga, Martin. Póngase en contacto con la Legación norteamericana o con las autoridades de Miami. Solicite informes sobre un ciudadano de Estados Unidos residente ahora en Puerto Caribe. Procede de Nueva York Su nombre es Richard Travers…

CAPÍTULO III

EL MONTECRISTO

—¿De verdad quiere ir allá? Le aseguro que Montecristo es una zona que no merece la pena de ser visitada. Sólo encontrará edificios en construcción, bloques residenciales de clase media o trabajadora, muchos solares con inmundicias, cloacas, fango y cosas así. Hasta hace poco, por esa parte del litoral salían las aguas residuales. Es muy reciente la reforma que ha hecho habitable Montecristo, y no resulta todavía un paraíso precisamente.

—A pesar de todo, Héctor, quiero ir allí. ¿Puede decirme cómo debo hacerlo?

—¡Oh, eso sí! —El fondista se encogió de hombros—. Si ése es su gusto… Tome el tranvía en la calle Mayor. El que vea que indica «Torreones», en el cartel de su parte delantera. Desde el final de ese trayecto, puede ir andando, o tomar un autobús de la línea Puerto Caribe a Bahía Oriental. Bájese entonces en la segunda parada y estará en Montecristo.

—Entiendo. Gracias, Héctor.

El fondista agitó una mano, despidiéndole. Mientras él caminaba hacia la salida, comentó con voz plañidera:

—Ha sido horrible lo de la pobre señora Acosta. ¿Se ha enterado, señor Travers?

Dick se detuvo cerca de la puerta. Lentamente, se volvió, afirmando:

—Sí, me he enterado —dijo, sin entrar en explicaciones—. Creo que perdió la memoria. Cuando la llevaban en una ambulancia, ésta chocó y ella encontró la muerte.

—Era una mujer rara. Y tuvo una rara muerte —fue el comentario de Héctor—. ¿Sabe usted que era una mujer muy

fantástica, y siempre aseguraba haber visto cosas extrañas?

—¿De veras? —Dick enarcó las cejas, perplejo—. ¿Eso hacía?

—Sí. Yo creo que lo que le ocurrió con su marido y su fortuna la desequilibró.

Dick no habló más con el fondista. Eludió sus explicaciones, marchándose definitivamente, y mientras descendía la calle empinada se preguntó si realmente merecería la pena seguir adelante. Ahora carecía de objeto ir a Montecristo. Y cobraba fuerza el escepticismo del comisario. La señora Acosta había sido una fantástica siempre. ¿Por qué no serlo también cuando perdió la memoria?

Así, el supuesto asesinato que decía haber presenciado no existiría más que en su imaginación. A pesar de que algo tuvo que provocar el *shock* causante de la amnesia. A pesar del extraño choque de vehículos en la carretera…

Aun con todo ello, poco más tarde subía Dick Travers en el tranvía, lento y anacrónico, que señalaba «Torreones» en su cartel de la parte delantera. Y cosa de cuarenta minutos después, tomaba un pequeño autobús desvencijado, que por un polvoriento sendero se dirigía a Bahía Oriental, término de su viaje.

En la segunda parada descendió Dick Travers.

Estaba ya en Montecristo.

Héctor Bruno, el fondista, tuvo razón. Era un lugar feo y desagradable, a pesar de que las nuevas hileras de edificios modernos estaban alterando algo su fisonomía hosca y sucia. Pero aún quedaban muchos solares fangosos y cargados de basuras, muchas calles trazadas entre tapias derruidas y cercas de adobe encalado que se desmoronaban de puro viejas. Olía al salitre del cercano mar, a residuos y a metal.

Enfrente, al pie de unas suaves lomas, se alzaba el armazón metálico de una nueva edificación mayor que las demás. Un gran cartelón anunciaba, ante las obras, sobresaliendo de una tapia de tablas:

«CENTRO METALÚRGICO DE PUERTO CARIBE EN CONSTRUCCIÓN»

Caminó por todo aquel feo, desolado paraje. No buscaba nada en, particular, y en su deambular llegó hasta cerca de la industria metalúrgica en construcción. Estudió el lugar.

Unas alcantarillas defectuosas destilaban agua. El suelo arcilloso, a causa de ello, estaba blando y viscoso. A la derecha, un bloque de edificios de una sola planta se extendía bordeando una calzada o calle en pésimas condiciones. Por fortuna para sus moradores, una acera amplia impedía que sus umbrales dieran directamente al barrizal.

Dick suspiró, contemplándose con abatimiento los zapatos cubiertos de barro y el lamentable aspecto de las vueltas de sus pantalones. Se preguntó por qué tenía que andar por allí, y quién le metía a él en tales enredos. Pero como eso no tenía otra respuesta, sino atribuirlo a su propia estupidez, optó por no hacerse más preguntas y siguió adelante.

Por allí había sido encontrada la tarde anterior la infortunada Alma Acosta, vagando como un fantasma. ¿Qué habría ido a hacer la mujer a aquel lugar?

Un hombre salió de una de las puertas de aquellas viviendas, con un cubo de agua sucia. Lo arrojó a la calzada, como podría hacerlo cualquier habitante del Oeste americano, en la época de la colonización. Dick observó que en la puerta de la casa un rótulo indicaba: «ULTRAMARINOS». Conocía lo bastante de español para saber que aquello significaba venta de legumbres, frutas, conservas y todo eso. También se vendían licores, a juzgar por una muestra. Aquel comerciante proveería a todo el barrio, sin la menor duda.

—¡Eh, oiga! —le llamó.

El hombre se detuvo, cubo en mano, mirando a Travers. Era pequeño, calvo y enjuto. Tenía un rostro de esos que se olvidan a los cinco minutos de haberlo visto.

—¿Es a mí? —preguntó, en español.

—Sí, sí —respondió Dick en el mismo idioma—. ¿Usted es el dueño de la tienda?

—El dueño, sí. ¿Desea algo?

—Quiero fruta.

—¿Qué clase de fruta?

—Oh, cualquiera. Toda la fruta me gusta.

—Está bien. Entre —señaló la puerta. Dick entró. Era un

establecimiento descuidado, con olor a rancio—. ¿Qué cantidad va a llevar?

—No sé. Ponga una libra.

—¿Una libra de qué? —indagó el hombre, con un papel de estraza en las manos.

—Ya le dije. De cualquier fruta.

El comerciante le miró de hito en hito. Comenzó a poner manzanas en el papel. De pronto, le espetó a bocajarro:

—¿Seguro que ha venido usted a comprar fruta, señor?

—Seguro que no —rió Dick—. Pero ya que estoy aquí…

—Entonces, ¿qué es lo que quiere? ¿Es del Fisco tal vez?

—No, no. ¿También hay de eso aquí? No soy del Fisco. Sólo quisiera preguntarle algo. ¿Vio usted ayer por aquí a una mujer morena, vestida de gris, de unos cuarenta años? Caminaba de una forma extraña, como ausente.

—¿Por qué quiere saber esto? —respondió el otro.

Y Dick hubiera jurado que se ponía instintivamente en guardia, para no soltar más de lo preciso.

—Simple curiosidad. Ella murió más tarde. La encontraron por aquí. Seguramente, usted la vio…

—No vi nada. —Le extendió el envoltorio de manzanas—. Su fruta, señor. Es un peso cincuenta.

Travers recogió la fruta. Depositó un billete de veinticinco pesos sobre el mostrador. Sin apartar sus ojos del tendero, observó:

—No necesita devolverme el cambio. ¿De veras no vio a esa mujer?

—No la vi —replicó, tajante. Abrió un cajón y comenzó a contar dinero—. Y no me gustan las propinas, amigo. Tenga su dinero. Buenos días.

Dick recogió el dinero casi a la fuerza. Se despidió del hombre con una sonrisa sarcástica. Avanzó hasta la puerta, puso un pie en la acera y casi sin volverse comentó:

—No sé por qué tiene miedo, amigo. Pero es evidente que lo tiene.

Soltó una risita aguda y salió del establecimiento. Se alejó por la acera a buen paso. Se volvió al llegar al final, en la esquina del edificio inmediato, que mostraba en su galería superior una gran abundancia de macetas floreadas.

El tendero asomaba su cabeza por la puerta. Su gesto inquieto reflejaba temor y preocupación. Al ver que el americano se volvía, apresuróse a desaparecer.

Esta vez, Dick no sonrió. Después de todo, el suyo no era ningún triunfo. En Puerto Caribe la gente debía ser muy huraña, a juzgar por aquel hombre. O no querían meterse en jaleos, como estaba haciendo él. Tal vez ellos tuvieran razón, al fin y al cabo.

Una vocecilla melodiosa y dulce cantaba en alguna parte, desafinando graciosamente, una tonada popular infantil. Alzó la cabeza. Entre las flores de la casa vecina a la tienda, en la galería superior, una niña asomaba el dorado cabello de su cabecita, y muy poco más. Era ella la que cantaba, mientras jugaba en la galería.

Sonrió y siguió adelante. Se detuvo en mitad del amplio claro. Enfrente, el edificio en construcción mostraba su estructura metálica, como un extraño esqueleto de acero, formado por los cimientos, la parte inferior de los muros y el entramado confuso de columnas, vigas y soportes de metal, que luego recubriría el cemento.

Vigas de metal… ¡VIGAS DE METAL!

La idea se abrió paso en su mente. Como un eco, le llegó la voz monocorde, inexpresiva, de una persona que ya no existía: «*Yo vi al hombre caer… Caer ante mí, desde las vigas de hierro…*».

Ella fue encontrada en Montecristo. Y allí había vigas de hierro o de acero, eso era lo de menos. El hecho es que las había. Y que un hombre, cayendo desde ellas al suelo, que debajo del edificio era ya duro, sin filtraciones, ni, por tanto, barro de ninguna especie, no cabían muchas dudas de que llegaría muerto abajo.

Contempló fijamente las vigas, que sobresalían en algunos puntos varios palmos por fuera de las cercas de tablas o ladrillos que delimitaban el terreno destinado a construcción.

Llevado de una repentina curiosidad, comenzó a rodear el lugar. Lentamente, con la mirada fija en el suelo, buscando alguna huella, el rastro de alguna caída mortal. Aunque si la policía buscó allí, era difícil que él tuviese más éxito.

El terreno era duro en un radio de unos veinte metros en torno al edificio. Crecía vegetación entre agrupaciones de piedras y hendiduras. Dick Travers lo examinó todo agudamente, escudriñando el terreno palmo a palmo.

De repente se detuvo, con expresión sorprendida. Retrocedió unos pasos, volviendo a mirar al matorral junto al cual había pasado un segundo antes. Se repitió lo que ya había observado: algo brillaba entre la hierba. Algo metálico, dorado, de intenso fulgor.

Se inclinó. Sus dedos rozaron una superficie alargada, no muy abultada. Era de metal. El sol de la mañana lo había recalentado. Lo alzó, sujetándolo con precauciones.

No resultaba difícil identificarlo. Era un sujetador de corbata plano, de oro. Adoptaba la forma de una hoja de espada. El oro parecía bueno, acaso de veintidós quilates. Tenía grabadas unas iniciales: «R. D.».

Lo contempló pensativo. Con rapidez, lo sepultó luego en su bolsillo. Miró en derredor. Al parecer, no había nadie por allí. Los obreros de la construcción andaban trabajando por el interior. De vez en cuando se percibía el golpeteo sobre el metal.

Un sujetador de corbata, hasta con la curiosa circunstancia de llevar las iniciales grabadas, no significaba nada. Lo podía perder cualquiera, sobre todo siendo de oro. Las cosas caras son las que habitualmente se pierden.

Revisó con mayor atención el lugar. El suelo no ofrecía rastro alguno. Aparecía liso, sin huellas de ninguna especie. La tierra parecía no haber sido pisada en mucho tiempo.

Iba a continuar su marcha cuando se detuvo, ceñudo. Contempló el suelo. Era seco, y a su paso no marcaba huellas. Pero dejaba la tierra ligeramente removida, incluso en algún punto se advertía vagamente el dibujo de su tacón de goma.

Eso no aparecía por parte alguna en el resto de la zona. Y era de suponer que si alguien perdió aquel sujetador, es porque había pasado por allí. Los propios obreros de la construcción, al salir o entrar al trabajo. No resultaba lógico que el suelo estuviese tan llano… *a no ser que alguien lo hubiera allanado después.*

Estudió el lugar, pensativo. Ahora creía advertir algo.

Quizá una escoba, un rastrillo. Las estrías de un objeto que allanó el terreno, borrando rastros. Y de eso no debía de hacer mucho tiempo. Sólo que el que rastrilló allí, no dio con el sujetador de oro.

Sus dedos rozaron la tierra. Estaba perplejo. Pero también empezaba a convencerse de que seguía una buena pista. Casi dio un

respingo cuando sonó la voz a sus espaldas:

—¿Busca algo, señor?

Se incorporó velozmente. No sintió preocupación, porque la voz era fácil de identificar. Era la misma que cantaba poco antes una tonada infantil. La niña del cabello rubio.

Allí estaba, frente a él. Con un muñeco de trapo entre las manos, una sonrisa dulce y curiosa en su carita menuda y una expresión risueña en los grandes ojos azules, clavados en Dick. Dos trenzas rubias colgaban a ambos lados de su faz.

—¡Oh, pequeña! No te oí llegar —sonrió Dick Travers, tras leve meditación.

La niña abrió enormemente los ojos. Fue incapaz de decir nada, y Dick, acercándose a ella, acarició su cabecita y musitó, hilvanando sus ideas:

—Verás. Yo soy muy amigo del Hada Azul de los Mares. Ella me ha traído desde un país lejano, en su barco de espuma y de brillantes. Al dejarme aquí, me dio, en recuerdo del viaje, una rosa de oro. Yo debía guardarla, o entonces volvería, por arte de magia, al lugar de donde llegué. Y por eso la busco, ahora que la perdí.

—Y si la has perdido, ¿cómo no vuelves por arte de magia a tu tierra? —preguntó la niña, llena de interés.

—Bueno, eso… —Dick frunció el ceño, pensando que había caído en su propia trampa. La niña era más astuta que él. Creyó salir del apuro, añadiendo con rapidez—: Verás, el Hada Azul me dijo que si al perder mi rosa de oro, encontraba a su ahijada, la niña «Zafiro», que tiene los ojos del color del mar y el cabello del color de la rosa perdida, nada me ocurriría. Y mientras «Zafiro» fuese mi amiga, yo seguiría aquí para siempre.

—¿Y quién es «Zafiro»? —preguntó la niña, asombrada.

—Tú.

—¿Yo? ¡Oh, no, tú te equivocas! Me llamo Ana. Ana Valdés. No soy «Zafiro».

—Para el Hada Azul, tú eres «Zafiro». Sin tú saberlo, ella es tu madrina. Te protege y te quiere.

—¿De veras? —La niña, embelesada, no quitaba sus ojos de Dick —. Eso es maravilloso. ¿Cómo te llamas tú, que me cuentas todo eso?

—Dick. Dick es tu amigo. Y el amigo de tu madrina, el Hada

Azul. Recuérdalo.

—Nunca lo olvidaré, Dick —sonrió, feliz—. ¡Me gustaría tanto conocer al Hada Azul!

—Algún día la conocerás —suspiró Travers—. Tenlo por seguro, «Zafiro».

La niña era encantadora. Su expresión ensoñadora de este momento realzaba su gracia. Dick acarició tiernamente su mejilla.

—¡Ana! ¿No te he prohibido que te acerques a desconocidos? Y usted, señor, hará mejor dejando a mi hija…

Fue como un trallazo aquella voz dura, enérgica, que sonó a sus espaldas. Dick Travers se volvió lentamente. Encontróse con la mujer que había hablado.

Vestía una blusa gris perla, falda blanca, y una cinta marrón ligaba el dorado torrente de sus cabellos. No tenía los ojos azules como la niña, pero sí de un gris parduzco, que recordaba el tono de un cielo nublado. La boca era roja, carnosa, sin necesidad de *rouge* alguno. Los ojos, grandes como los de la pequeña Ana. Era muy bonita, y quizá no tuviera más de veinticinco años, a pesar de que Ana debía contar cinco como mínimo. En América Central y en el Sur, la mujer se casa pronto.

La figura era esbelta. Su seno juvenil, agresivo, sus caderas acentuadas con sugestiva gracia. Las piernas, largas y esbeltas. A Dick le pareció una muchacha encantadora. Y difícilmente se la imaginaba como madre de Ana.

—Disculpe, señora —dijo, tras un leve silencio—. No he pretendido molestar a la niña, ni mucho menos. Estábamos hablando amistosamente y…

—No me gustan las amistades que no son buscadas por mí misma, señor —replicó, glacial, la muchacha—. Ana, no quiero que salgas de casa cuando yo no estoy allí. ¿Has oído?

—Sí, mamá… —La niña parecía a punto de llorar—. Pero mi amigo Dick ha venido en el barco del Hada Azul. Y yo soy «Zafiro», y el Hada Azul, es mi madrina.

La rubia muchacha respiró hondo, mirando con reproche a Travers. Luego señaló a la niña el camino de casa. Sus ademanes denotaban siempre energía.

—Vamos, ve a casa. Yo te sigo ahora. Y recuerda que la próxima vez que me desobedezcas te encerraré en tu cuarto. Si estás

indispuesta para ir al colegio, también lo estás para caminar por ahí, ¿entendido?

—Sí, mamá —Ana miró a Dick Travers con tristeza—. Adiós, Dick.

—Adiós, «Zafiro» —sonrió Travers, agitando su mano—. Ya le contaré al Hada Azul que te he visto. Y haz caso a mamá. A tu madrina le gustará eso.

—Sí, Dick.

Se alejó la niña, bajo la mirada incisiva de la madre. Ella giró lentamente la rubia cabeza hacia Dick Travers. Le estudió con una hostilidad calculadora.

—No tengo nada personal contra usted —observó—. Pero no me gusta que mi hija hable con desconocidos. Sean quienes sean.

—Lo entiendo, señora —dijo Dick, lentamente—. Puedo asegurarle que yo no lo inicié. La niña vino a mí. Me gustan los chicos. Y su hija es encantadora. Y muy lista.

—Gracias. —Inició la marcha con un seco—: Buenos días, señor.

—Adiós, señora —respondió Dick. Estudió su figura, añadiendo —: ¿Usted es nativa?

—Sí. ¿Por qué lo pregunta?

—Por nada. Me pareció diferente a los demás.

—¿Usted cree que todos los nativos son morenos y de ojos negros? —Ella sonrió, algo desdeñosa—. Todos los yanquis creen esto. Ya ve que están en un error. Soy de Puerto Caribe. Mi hija también. Y mi marido lo fue.

—¿Lo fue? ¿Ha muerto?

—Sí… —Ella se irguió, irritada—. Ya hemos hablado suficiente, señor. Adiós.

Dick no respondió con otro adiós. En vez de eso, espetó de pronto:

—¿No vio usted nada anoche? ¿No sabe nada sobre la mujer que perdió la memoria y el supuesto crimen que presenció en este barrio?

Fue como si una corriente eléctrica hubiera recorrido el cuerpo de ella. Se detuvo por un instante en seco. Giró la cabeza, clavando en Travers una mirada dura.

—No sé de qué me habla, señor —recitó sordamente—. Y ya le he dicho antes que hemos hablado suficiente. Quizá demasiado.

Se alejó sin aclarar más. Al pisar el suelo irregular de Montecristo, su figura cobraba un contoneo gracioso y sugestivo. Dick lamentó que terminara por desaparecer, en el primer edificio situado frente a las obras de la central metalúrgica. La madre de Ana era una mujer que producía auténtico placer a la vista.

Con un suspiro, miró de nuevo en torno suyo. Parecía imposible que allí una mujer hubiera perdido la memoria, que hubiera habido un cadáver en alguna ocasión y que alguien rastrillase el suelo, sin que los vecinos vieran cosa alguna.

¿O acaso lo vieron… y nadie quería hablar?

Dick Travers se alejó. En Montecristo no había ya nada qué hacer. Poco había conseguido allí. Hablar con un tendero asustado, con una niña deliciosa y una madre hosca y temerosa de algo. Y encontrar un sujetador de corbata de oro.

Pero quizá esto último era el principio de una pista. No podía olvidar que allí había dos letras grabadas. Dos letras que podían significar algo: «R. D.».

«R. D.».

CAPÍTULO IV

EL MUERTO

El cementerio de Puerto Caribe se hallaba emplazado en una loma, a espaldas de la ciudad. No era grande, pero sí muy bello. Abundaban las cruces, los mausoleos blancos y el encaje de mármol del póstumo monumento a los que se fueron. Los nativos mostraban así su hondo respeto ante la Muerte, como rasgo proverbial en ellos.

Dick Travers paseó entre las tumbas. Leyó epitafios emotivos, y otros que casi hubieran sido cómicos, de no estar escritos sobre el mármol de los mausoleos y panteones. Parecía un turista interesado por los monumentos funerarios de Puerto Caribe.

Regresó hacia la salida del cementerio, tras su paseo entre las tumbas. Un hombre con gorra de plato echada atrás, y en mangas de camisa, luciendo un pantalón gris con ribete negro, le miró curiosamente. Estaba sentado en una silla de mimbres, y un botijo de barro rojo reposaba junto a él.

—Hola, amigo —saludó Dick en español—. ¿Mucho calor?

—Infiernos, sí —rezongó el otro.

Hablaba con cierta avidez. Evidentemente, no abundaban las ocasiones de hablar de un funcionario de aquel lugar. Su personal entre las tapias de ladrillo blanqueado no era, precisamente, locuaz.

—Pero nosotros estamos habituados —siguió el hombre—. Ustedes, los yanquis, lo pasarán peor aquí, ¿verdad?

—Sí, no lo pasamos bien —Dick se quedó parado ante él, con sus largas piernas muy abiertas—. Pero se puede tolerar, después de todo. Uno no viene a un lugar como Puerto Caribe a pasar frío.

—Eso es verdad. ¿Va a estar mucho tiempo aquí, señor?

—Eso depende… —Echó una mirada en derredor—. Es un bonito cementerio el suyo. ¿Muere mucha gente en Puerto Caribe?

—Oh, no mucha. —El empleado del cementerio rió—. Son gente saludable. Hay días en que apenas muere alguien. Los días como hoy no abundan.

—¿Hoy? ¿Ha habido muchos entierros? —se interesó Dick, con aire curioso.

—Ya lo creo. La señora que murió en un accidente de coches, una enferma que iba en una ambulancia. Dos niños, dos ancianas y tres hombres. Todos jóvenes. Hay días aciagos.

—Ya veo —Dick se rascó su crespo cabello castaño—. Algo me han dicho sobre uno de los que murieron. No recuerdo cómo se llamaba. Pero creo que su apellido empezaba con D… Sí, estoy seguro de eso.

—¿Con D? —El otro estiró la mano y tomó el botijo, echando un chorro de licor en la boca. Tras una pausa, dejó de beber y tendió el botijo a Dick—: ¿Quiere un trago?

—No, gracias.

—No es agua, amigo, sino ginebra —rió el otro—. No hay nada mejor para la sed.

—No, no. Yo no bebo —declaró Dick, apretando los labios.

—Bueno, allá usted. —Dejó el botijo en tierra y reflexionó de nuevo—. ¿Con la letra «D» ha dicho? Sí, será seguramente ese tipo. Denning. El que se cayó.

—¿Se cayó? —El tono de Dick fue tenso. Luego procuró dominarse, y aparentó normalidad—. Sí, ése fue, no hay duda. Denning creo que me dijeron. Murió en la caída, ¿no?

—Eso es. Fractura de la base del cráneo. Es lo que ocurre en esos casos.

—¿Accidental?

—Claro. ¿Cree que iba a suicidarse? No, no. Era un tipo joven y con dinero. No hacen eso los tipos de tal clase.

—¿Cayó de muy alto?

—Psé, no he visto la escalera. Pero debe ser alta para matarse al pegar en el vestíbulo. Claro que, a veces, uno se mata sólo con una caída de la acera a la calzada. Hay tipos con mala suerte. Ese Denning la tuvo.

—¿Lo enterraron ya?

—Sí. ¿No ve aquella cruz de allá? —Señaló a un punto del cementerio, recientemente removido—. La familia ha querido que

todo fuera rápido. Lo enterramos esta mañana a primera hora. Y murió ayer por la tarde. Yo opino que hacen bien. El muerto descansa mejor aquí que en casa, después de todo…

Dick asintió, sin objetar nada al macabro humor del empleado. Volvió lentamente hacia las tumbas, las visitó de nuevo todas, pero solamente para pasar ante la cruz de mármol plantada sobre una lápida en la que, con sorprendente rapidez, había sido ya grabado el epitafio. Dick tuvo la desagradable sensación de que ya debían tenerlo encargado antes de morir el pobre ocupante de aquella fosa. Era absurdo, pero lo pensó.



Se detuvo ante la cruz y la lápida de Denning...

«Aquí yace Roger Denning» —leyó. Seguía la fecha de su muerte, la del día anterior. Y terminaba—: «Tus parientes y amigos no te olvidan».

Roger Denning… Dick Travers, con las manos hundidas en los bolsillos, jugueteó con el sujetador de corbata que conservaba

consigo. R.
D. Roger
Denning, el hombre muerto. Nombre norteamericano.

Cuando Dick regresó a la salida, solamente estaba el botijo. El funcionario telefoneaba dentro de sus oficinas, y pudo verlo por la puerta vidriera. Pasó de largo y dejó el cementerio atrás.

Regresó hacia la población. Había perdido la mañana en Montecristo y la primera hora de la tarde en el cementerio. Ahora se preguntaba si realmente había perdido ese tiempo… o se encontraba en pos de algo demasiado horrible y siniestro para sus escasos recursos.

Pensó en ir a la policía. Pero el comisario Valverde no se mostraría seguramente muy amable con él. Era mejor seguir. Solo, sin ayuda de nadie… hasta donde le fuera humanamente posible.

Si alguien le hubiera preguntado por qué hacía todo esto, Dick Travers se hubiese hallado en un compromiso. No sabía por qué estaba ahondando en aquello. Pero algo le movía a hacerlo. Empezó por querer ayudar a una mujer en apuros. Siempre le habían ocurrido las cosas por culpa de una mujer. Pero jamás se vio mezclado en un asesinato… tal vez en dos.

Ahora estaba seguro de no poder descansar tranquilo, si no llegaba al fondo de la cuestión, a la razón auténtica de todo aquel extraño conflicto iniciado con una mujer sin memoria y que ahora concluía ante la lápida de un cementerio.

Dick Travers tenía ahora otro punto donde investigar: la vivienda de Roger Denning. Conocido su nombre y dadas las especiales circunstancias de su muerte, no le sería muy difícil, estaba seguro de ello.

—Me llamo Patrick Denning y soy primo de Roger. Ésta es mi esposa Cynthia. Ya veo que es usted compatriota nuestro, señor Travers. ¿Puede decirme qué es lo que desea de nosotros?

Dick movió afirmativamente la cabeza tras una pausa que destinó a estudiar el aspecto de los dos personajes que tenía ante sí. Patrick Denning era alto y delgado, de cabellos ralos, pajizos, ojos pardos y boca grande, bajo una nariz recta y larga. Vestía con descuido, como un traje tirado de cualquier modo sobre una percha. Su mujer, Cynthia, era morena y no muy alta; de facciones toscas, cuellicorta y con los brazos rollizos. Su bata era ancha; aun así,

resaltaba el volumen excesivo de su busto. Ambos vestían de negro, pese al intenso calor.

—Me gustaría conocer las circunstancias de la muerte de su primo Roger —dijo a Patrick, con voz firme—. Sé que cayó por la escalera y se rompió la nuca. Pero ignoro lo demás. ¿Estaban ustedes en casa cuando ocurrió?

—No. Ni Cynthia ni yo estábamos aquí. Habíamos salido a ver a unos amigos. Roger se quedó en casa. No pensaba salir, porque estaba en mangas de camisa y le dejamos escuchando la radio. Al volver estaba muerto.

—¿Sabe cómo sucedió exactamente todo?

—Una pregunta previa, señor Travers —arguyó agudamente Denning. Le miró de hito en hito—: ¿Qué es lo que pinta usted en todo esto? ¿A qué viene ese interés? ¿No será un periodista que va a airear cosas de mi primo, verdad?

—No, no soy periodista. —Buscó en su mente una excusa y creyó encontrarla—. Verá, señor Denning, he pertenecido a la policía neoyorquina unos años. En la muerte de su primo me ha parecido ver cosas raras. Por eso quiero averiguar algo más. Naturalmente, carezco de autoridad para investigar oficialmente. Y apelo simplemente a su cortesía, en este caso.

—¿Por qué he de ser cortés con usted? ¿Qué cosas raras ve en la muerte de Roger?

—Ésta, por ejemplo. —Extrajo del bolsillo su mano. Exhibió el sujetador de corbata. Centelleó el oro, a la luz difusa del sol, que se ponía tras el Caribe, allá en la bahía—. ¿Conoce usted este objeto, señor Denning?

—¿Yo? No sé. Es un sujetador de corbata. Y parece de oro. Pero no sé lo que…

—¡Espera, Pat! —saltó Cynthia, con un destello inteligente en sus ojos opacos—. ¡Yo lo reconozco! ¡Es el de Roger! Si tiene unas iniciales, es el suyo.

—Eso es. Roger Denning: R. D. —Dick lo mostró mejor ahora, pero sin entregarlo—. ¿Lo tenía ayer, antes de morir, o les habló de haberlo perdido?

—No dijo nada de eso —comentó Patrick, frunciendo el ceño—. Y creo que, de ser así, algo hubiera comentado. Es un objeto de valor.

—Pat, lo llevaba Roger cuando le dejamos oyendo la radio —dijo Cynthia, muy alterada—. Recuerdo que no se quitó la corbata. Y el alfiler brillaba. Lo vi, Pat.

—Bien —Patrick Denning giró la cabeza hacia Dick—. ¿Cómo ha llegado a sus manos un objeto que mi primo llevaba consigo poco antes de morir?

—Es lo que trato de decirle. Yo encontré este alfiler o sujetador de corbata… muy lejos de aquí. En Montecristo.

—¿En el barrio de Montecristo? —Y ante su asentimiento, farfulló—: ¡Imposible!

—Pues es bien cierto. Estaba bajo un edificio en construcción. Yo he buscado a alguien que, con las iniciales R. D., hubiera muerto de una caída ayer. Para sorpresa mía, encuentro a alguien… y ese alguien ha caído en la escalera de su casa, a más de una milla de Montecristo. Asombroso, ¿no?

—Pues, sí —Pat se frotó la huesuda mandíbula con aire pensativo—. No logro entender una sola palabra de eso.

—Ni yo tampoco. Por ello le ruego que me refiera lo que sabe. Será mejor así.

—Ya se lo he dicho. Roger era un hombre de mejor posición que nosotros. Vivía en Florida, con bastantes lujos. Había venido a vernos y a pasar con nosotros unos días. No es que seamos pobres, señor Travers. Gano un buen sueldo y vivimos bien. Nunca necesitamos a Roger para nada. Pero nos agradaba su compañía. Llevaba ya más tiempo del previsto con nosotros y parecía estar a gusto aquí.

—¿Era soltero?

—Sí. Sin más familia que nosotros y prima Ethel, que reside en Tennessee. Estuvo casado hace años, pero se divorció, sin tener hijos. A sus treinta y cuatro años, era un hombre aparentemente feliz. Nosotros, como le dije antes, salimos de aquí después del almuerzo, sobre las dos y media. Él prefirió quedarse. Volvimos a las nueve y media de la noche. Roger estaba muerto. Había caído por la escalera exterior, la que usted ha visto que llega hasta el vestíbulo, desde el rellano de este piso.

—¿Alguien vio lo ocurrido?

—Sí. Un vecino fue testigo. Y recogió a Dick cuando cayó. Pero estaba solo en casa. Estos edificios de una planta sólo tienen dos

puerta: la nuestra y la inmediata.

—Ya. —Dick miraba fijamente a Pat Denning, mientras hablaba —. ¿Quién es ese vecino?

—Se llama Konrads. Fletcher Konrads. Es un tipo pintoresco e inofensivo.

—¿Cómo vestía su primo al morir?

—Tal como le dejamos nosotros: en mangas de camisa. Debió intentar bajar a alguna cosa insignificante. Perdió el pie y… —Se cubrió el rostro con una mano grande y huesuda—. ¡Oh, es horrible, créame!

—En ese caso… —Dick Travers volvía a la carga de un modo casi cruel—. En ese caso, la americana que correspondía a su pantalón de entonces estará aquí, en la casa.

—Naturalmente —asintió Cynthia—. Roger dejaba siempre sus ropas en ese armario.

Se encaminó a un armario empotrado en el gabinete. Lo abrió, deslizando la hoja de madera color gamuza. Aparecieron diversas prendas de ropa masculina colgadas en hilera. La mujer explicó, mientras rebuscaba:

—Son también prendas de mi marido. Aquí están los colgadores de Roger y… —Se detuvo, con un colgador vacío en la mano. Pareció perplejo—. Es extraño.

—¿El qué, señora Denning? —Dick avanzó rápido hacia ella—. ¿Falta algo?

—Sí. Falta la americana *beige*, que hacía juego con el pantalón de Roger.

—Búsquela bien —dijo roncamente Dick—. A lo mejor está por ahí.

Ella lo hizo, bajo la doble mirada tensa de Travers y de Patrick Denning. Al final, declaró con desaliento:

—Es inútil. No está.

Dick y el hombre cambiaron una viva mirada. Luego, Denning musitó:

—¿Qué cree usted que puede significar esto? ¿La han robado?

—No exactamente eso —declaró Dick, tras una pausa—. Creo que su primo salió de casa y fue muerto en alguna parte, o sufrió el accidente. Entonces se le trasladó hasta aquí… y se fingió la muerte accidental en la escalera. Será preciso que veamos a ese caballero

pintoresco e inofensivo que usted dice, el tal Konrads. Si fue testigo de la caída de su primo, puede desvirtuar o confirmar mi teoría.

—Está bien —declaró Patrick Denning, tras una corta vacilación—. Creo personalmente que debe haber otra explicación para todo, y que un hombre como Konrads no declararía en falso. Pero eso lo comprobaremos ahora mismo. Venga, señor Travers. Hablaremos con él.

Cynthia se quedó en el piso. Dick y su anfitrión fueron a la puerta contigua. Eran plantas de dos únicas puertas. Y el edificio solamente constaba de la planta en cuestión, con los bajos, donde había un establecimiento de libros usados, y una pequeña vivienda que pertenecía al portero del edificio. Dick sabía ya que el portero salió de su vivienda a los gritos de la gente reunida al pie de la escalera. Entonces, como era natural, ya estaba allí Denning, cadáver.

Llamó Patrick. Les abrió una mujer. Tenía el cabello negro, liso, con moño atrás y gafas de gruesa montura de concha, y cristales color caramelo ante sus ojos. Vestía un severo traje gris, cerrado en torno al cuello. No parecía tener formas femeninas en absoluto. Era una tabla provista de rostro. Pero hasta éste resultaba feo y hosco.

—¿Qué desean? —preguntó escuetamente, estudiando con recelo a Travers.

—Soy su vecino —informó Patrick—. Deseamos ver al señor Konrads. Es importante.

—Oh, sí, señor Denning —asintió la mujer, sin duda ablandada por el hecho de que su visitante estaba aún bajo los efectos de la reciente tragedia—. Pasen, por favor. Esperen un momento. Avisaré al señor Konrads.

Pasaron a un pequeño, pero confortable vestíbulo. Era caluroso, y la mujer de gruesas gafas puso gentilmente un ventilador en marcha, oprimiendo un resorte del mismo. Dick agradeció mentalmente el favor, y se enjugó el rostro con su pañuelo.

Cambió una mirada con Patrick Denning. Éste no parecía realmente feliz de la visita a Konrads, y daba la impresión de afrontarlo como una penosa obligación para no sentir luego arrepentimiento por no haberse decidido a ello.

—¿Quién es esa dama? —preguntó Dick Travers.

—La señorita Slesar, secretaria y auxiliar del señor Konrads.

—¿Auxiliar en qué?

—En su trabajo, naturalmente. La profesión del señor Konrads es delicada y laboriosa. Aunque todo lo hace él, precisa una persona eficiente que le ayude.

—¿A qué se dedica exactamente?

—Me dedico a fabricar juguetes, mi querido señor.

La respuesta a la pregunta de Dick había llegado de la puerta misma por dónde desapareciera momentos antes la mujer de las gafas. Dick giró la cabeza hacia allí.

Fletcher Konrads era un hombre impresionante. Recordaba un poco a Orson Welles. Ancho, enorme, casi gigantesco, dentro de su bata color granate, de seda, parecía un extraño oso o un titán humanizado. Tenía crespa cabellera, negra y rebelde, un rostro macizo y ancho, de poderosas mandíbulas, nariz halconada, boca firme y ojos asombrosos, muy redondos y oscuros, penetrantes y profundos.

Por extraña paradoja, la frase de Patrick, «pintoresco e inofensivo», se confirmaba ante su presencia. Pese a su enorme corpulencia y aspecto físico, daba una rara sensación de pasividad, de perezosa contemplación de la vida, sin afanarse demasiado en ser parte integrante de la misma. Pintoresco, era por sí mismo. Inofensivo, tal vez lo fuera también. Eso nunca se podía afirmar categóricamente.

Había hablado sin agresividad. Lo que en otro pudo resultar hostil, desafiante, en él resultaba lógico. Había captado una pregunta. Y la contestaba sin vacilar.

—Sí, señor mío. Fabrico juguetes. ¿Es eso lo que deseaba saber su amigo, señor Denning? —Se dirigía ahora a Patrick, con tono blando, apacible.

—Eso es —armó Patrick Denning—. Mi compatriota, el señor Travers, es… es un amigo de antes. Perteneció a la policía. Se interesa por Roger.

—¿De veras? —Konrads giró la cabeza, estudiando a Dick con interés evidente—. ¿Hay algún motivo para que la policía se ocupe de un accidente claro? Yo fui testigo del mismo, mi querido señor. Vi caer a Denning, No pude evitarlo ni frenar su caída. Cuando corrí escaleras abajo, era tarde. Estaba muerto.

—¿Estaba usted aquí arriba, en el rellano? —indagó Dick.

—Eso es —asintió Konrads—. Tenía unos encargos urgentes que llevar al bazar De Soto. Juguetes especialmente encargados. Había terminado ayer mismo por la tarde, después de ausentarme en busca de ciertos materiales que precisaba. Salía con mi maletín de encargos hacia el bazar. Entonces vi al señor Denning. Estaba asomado ante la escalera, como disponiéndose a bajar. Perdió el pie. Le vi oscilar, caer adelante. Grité. Creo que solté el maletín y corrí hacia él. Pero era tarde. Ya estaba abajo, doblada la cabeza sobre el último escalón. Uno pierde segundos enteros en instantes así, por mucho que desee reaccionar a tiempo.

—¿Comprobó su muerte al llegar junto a él?

—Sí, no era difícil.

—¿Su temperatura era normal?

—Cielos, claro que sí. No llevaba horas muerto, sino apenas dos segundos. Tenía la piel cálida, sudorosa, como es lógico con este calor. Pero su corazón no latía. No tenía pulso ni aliento. Había muerto instantáneamente. Luego apreciaron la fractura de la base del cráneo. No hizo falta autopsia alguna. Había caído por una escalera. Yo lo vi. No le empujó nadie, ni había señal sospechosa alguna en lo ocurrido. Estoy dispuesto a jurar lo que vi ante cualquier tribunal, señor Travers.

—Yo no pido tanto —sonrió Dick, con cierta dureza—. Creo sus palabras. Pero, por otro lado, hay cosas que no entiendo, señor Konrads.

—Lo lamento. No espero poderle ayudar mucho en eso.

—Yo tampoco.

Dick miró a Patrick Denning con cierta perplejidad. Momentos antes hubiera arriesgado su vida a que Konrads era un redomado bribón, un embustero. Ahora, conociéndole, resultaba menos categórica cualquier afirmación. Parecía decir la verdad. Y estar convencido de ello.

Añadió, confuso:

—Bien, creo que esto es todo, Denning. Vamos ya.

Patrick reflejó su desconcierto en el rostro. Evidentemente, esperaba algo más de aquella entrevista. Miró a Konrads, que sonreía suavemente, basculando sus redondos y oscuros ojos, del uno al otro, indistintamente, con aire ingenuo. Una ingenuidad asombrosa, en contraste con su físico impresionante.

—¿Pero no dijo usted que…? —comenzó Patrick, nada político.

Dick, rápido, le aferró por un brazo. Tiró de él hacia la puerta, sonriendo a Konrads y excusándose con tono vivaz:

—Sí, sí, no hay más que hablar. Vamos, Denning. Buenas tardes, señor Konrads. Disculpe mis preguntas, señor Konrads. —Alcanzó la salida del piso. La abrió, bajo la expresión de extrañeza de Konrads, que parecía un búho gigante, plantado ante ellos—. Adiós, señor Konrads. Le dejo con sus juguetes de nuevo. Supongo que tendrá mucho que hacer aún. ¿Son trenes eléctricos, arquitecturas, mecanos…?

—No, no. Son muñecas, señor Travers —sonrió Konrads—. Bellísimas y preciosas muñecas. Las mejores de Puerto Caribe.

Dick estaba ya en el umbral. Cerró tras de sí. Se encontraron ambos en el corredor, frente a la escalera fatídica. Dick contempló los escalones, hundiéndose en la penumbra del vestíbulo, desde las penumbras del rellano superior, sólo vencidas en su zona central por una bombilla amarilla colgada del muro, entre las dos puertas. Más allá, una puerta, en una zona sombría, oscura, junto a la escalera, indicaba: «Paso a la azotea».

Travers se detuvo bajo la bombilla. Se enjugó el sudor. La luz resaltó su expresión perpleja. Patrick Denning le estudiaba con ira evidente.

—¿Qué mil diablos de juego se trae usted entre manos con mi pobre primo? —estalló, irritado—. ¡Primero dijo que él había muerto en otro sitio! Ahora resulta que Konrads dijo la verdad y todo sucedió aquí. ¿Quiere explicarme esto?

—¡Qué más quisiera yo! —suspiró Dick, abatido, hundiendo las manos en sus bolsillos y encogiéndose de hombros—. Escuche, Denning, lamento haberle causado tanta molestia. Pero sigo pensando que algo marcha mal aquí. O Konrads miente como un bellaco, o los sujetadores de corbata viajan solos… o una mujer sufrió verdaderas alucinaciones antes de perder la memoria.

—¿Qué demonios es eso? ¡No le entiendo en absoluto!

—Tampoco lo entendería si se lo contara. Pero si algún día lo logro entender yo, vendré a referírselo. Ahora, permítame que me marche sin tratar de aclararle nada. Y deje que tenga unos días más el sujetador de oro en mi poder. Puede ser una prueba, aunque ignoro de qué.

Y sin añadir más, se alejó por la misma escalera que había visto rodar hasta el fin a un hombre que parecía tener el don de la ubicuidad en su hora final. Sus pies saltaron rápidamente sobre los escalones cubiertos por una alfombra raída. Pensó que era fácil hundir un pie en cualquiera de ellos, y perder el equilibrio. La escalera tendría treinta tramos, al menos. Suficientes para matarse un hombre, sobre todo si sufría un golpe desgraciado en la nuca.

Pero… ¿era ése el caso de la muerte de Roger Denning?

CAPÍTULO V

JUGUETES

Era un barrio concurrido y bullicioso aquél en que vivían los Denning. Estaba situado en el sur de la población, no lejos de su mismo centro. Cerca de allí, un mercado despedía su intenso olor a mariscos y pescado fresco. En contraste, una hilera de puestos callejeros derramaban aroma a flores típicas del país, presentadas en policromados ramilletes. Puerto Caribe era una ciudad de contrastes, evidentemente.

Dick Travers descendió por la calle bulliciosa, con las manos en los bolsillos, dando largos, pero lentos pasos por el bordillo. Iba respirando el quieto aire de la noche, que había cerrado poco antes sobre la ciudad isleña.

Trataba de enlazar fragmentos sueltos de aquella especie de infernal rompecabezas, pero el éxito no le acompañaba con mucha brillantez. Era todo demasiado confuso y extraño.

Una mujer amnésica, un asesinato que no había existido, tres muñecas, una ambulancia destrozada y una mujer muerta, un hombre que se desnuca en la escalera de su residencia, y pierde el alfiler de corbata en el mismo lugar donde se halló en estado amnésico a la mujer. Y un hombre gordo y extraño, que fabricaba muñecas para un bazar, y presenció la muerte del hombre en la escalera.

Si iba con esa historia al comisario Valverde, le tiraría a patadas del cuartelillo. Era mejor no hacer nada todavía. Pero el cerco se cerraba ya, y las tinieblas habían aumentado. Cada vez veía menos claro el asunto.

—Perdone, señor Travers. ¿Puede concederme unos minutos?

Empezaba a parecer una costumbre oír voces a sus espaldas,

surgiendo bruscamente para sobresaltarle. Sólo que ya ni siquiera se sobresaltaba. Se volvió despacio, después de frenar en seco.

La mujer de las gafas de gruesa montura y cristal de caramelo parecía menos alta y más joven, a la difusa luz callejera. Pero su aspecto estirado, el pelo liso y sin gracia; y la figura sin femineidad, continuaban desprovistas de gracia. Llevaba un bolso de gastada piel azul, bajo el brazo. Calzaba zapatos de tacón bajo, muy cerrados y anticuados.

—Los que usted quiera, señorita Slesar. ¿Usted también fue testigo de lo ocurrido? —Fue lo que dijo Travers, contemplándola con interés.

—No, no es eso. ¿Podríamos hablar en otro lugar que no fuese la calle?

—Claro. Entremos ahí. —Dick señaló un establecimiento—. ¿Le importa?

—En absoluto. —Ella inició la marcha, resueltamente. Una vez en el local, pidió un té con leche. Dick solicitó una limonada. Luego esperó a que ella hablase. Y la mujer lo hizo con voz serena, educada—. Me llamo Ingrid Slesar. Ya sabe que trabajo con el señor Konrads en su tarea de fabricar juguetes.

—Me lo dijo Patrick Denning, sí —asintió Dick Travers—. Siga, por favor.

—Konrads es un artista creando muñecos. No es entusiasmo de colaboradora, sino un juicio frío. Hace maravillas en esa rama de juguetería, y la prueba es que sus juguetes se venden a muy alto precio. Llevo cosa de dos meses trabajando con él, y cada vez siento mayor admiración por su trabajo. Pero imagino que esto a usted no le parecerá en absoluto interesante hasta el momento.

—Eso parece. Sin embargo, creo que si me ha llamado es para decir algo más, ¿no es así, señorita Slesar?

—En efecto, señor Travers. He oído que es usted de la policía, o lo ha sido.

—Sí, pero eso fue en Estados Unidos —se vio obligado Dick a seguir mintiendo—. No tengo demasiada autoridad en Puerto Caribe.

—Eso no importa. Lo que tengo que decir, prefiero decírselo a usted, señor Travers, y no a la policía de aquí.

—Bueno, en ese caso, la escucho. Procuraré serle útil en algo, si

es posible.

—Se relaciona, lo que voy a contarle, con la profesión del señor Konrads, precisamente. Yo soy en realidad diseñadora de modas, y también sé confeccionarlas en miniatura, como muestras. Konrads fabrica el cuerpo, cabeza y miembros de la muñeca. Yo la visto, de acuerdo con su carácter. Él crea chinitas, mulatas, princesas, zíngaras y toda clase de tipos. A cada una la dota de especiales características. Y yo me adapto a sus instrucciones, creando los modelitos que luego sirven para vestirlas. No me meto en su obra, ni él en la mía, salvo para supervisar si los modelitos están ajustados a su gusto personal. ¿Va entendiendo cómo se desarrolla la labor?

—No ofrece dudas. Adelante.

—Konrads es un hombre amable y cortés en todo momento… excepto cuando tocan a sus muñecas. Entonces se enfurece de un modo increíble. Recuerdo que anteayer, precisamente, se irritó de forma terrible conmigo, por haber intervenido en lo que es exclusiva labor suya. Claro que fue accidental, pero aun así, provocó un choque entre ambos, y apunto estuve de terminar mi labor con él.

—Eso parece interesante. ¿Qué motivó esa irritación de Konrads?

—Ha creado últimamente un nuevo tipo de muñeca, una auténtica filigrana que tendrá un gran éxito. Se trata de una graciosa odalisca, una muñeca árabe de vaporosos velos y rostro cubierto, que a mi juicio es lo mejor en la obra de Konrads. Esa muñeca ha sido entregada ayer al Bazar De Soto, el mejor de Puerto Caribe, para su venta. Construyó tres únicos ejemplares, absolutamente iguales.

—¿Tres? —Imperceptiblemente, el tono de Dick experimentó un cambio singular. Sus ojos no se apartaron de ella.

—Sí. Cuando sepa si han triunfado, fabricará otras. Y hasta es posible que se asocie con una fábrica de juguetería para crear nuevos modelos. Así están las cosas en ese terreno, y Konrads se siente orgulloso de su obra. Yo cometí el error de examinarlas demasiado de cerca, dejando mi labor de terminar los vestidos árabes para las tres muñecas. Me entusiasmaban las muñecas aquellas, y las contemplé con atención, tomándolas en mis manos.

Entonces apareció Konrads. Lanzó un grito terrible, que me hizo soltar las muñecas, y a una se le desprendió la cabeza. Creo que nunca he tenido más miedo en mi vida —jadeó Ingrid Slesar—. Se enfureció terriblemente conmigo, me amenazó con despedirme, e incluso denunciarme por perjudicar su delicado trabajo. Yo sufrí un disgusto, lloré y reuní mis cosas para marcharme, mientras él recogía las muñecas amorosamente, como un padre haría con sus hijas. Por fortuna, la cabeza no había sufrido daños, y finalmente se calmó, rogándome le disculpara y olvidase el incidente. Me costó trabajo aceptar las excusas, pero comprendí que me necesitaba y que es un hombre muy impulsivo, y terminé disculpándole.

—No deja de ser un incidente extraño —opinó Dick Travers lentamente.

—Sí, lo es —suspiró Ingrid Slesar, inclinando la cabeza—. Trabajar con Konrads tiene sus inconvenientes. Pero le he citado el incidente, para llegar a lo que realmente interesa.

—¿Aún hay algo más?

—Por supuesto. Lo ocurrido con las muñecas no tendría importancia alguna para nadie, salvo para mí misma y el señor Konrads, si no fuera porque ayer ocurrió algo más, en relación con sus muñecas, con el señor Konrads… y con el hombre muerto.

—¡Oh! Prosiga, por favor —Dick, cada vez más interesado, sorbió un poco de limonada, sin apartar de ella los ojos—. Parece que vamos a llegar a alguna parte…

—Sí, señor Travers. Pero tal vez le defraude. Lo sucedido fue que una señora se presentó en casa de Konrads. Quería comprar unas muñecas para sus hijos. El señor Konrads le indicó que era mejor que fuera directamente a los bazares donde venden sus productos, ya que él no es vendedor al público. Ella insistió. Y entonces, al ver las obras terminadas, o por terminar, de mi jefe, manifestó su entusiasmo por las odaliscas recién dispuestas para su entrega al bazar. Konrads se negó, informándole de que, si era su gusto, podía ir ese mismo día al Bazar De Soto y adquirir, sin dificultades, una muñeca, cualquiera de las tres. Pero aquella señora objetó que «quería las tres», y pagaría lo que fuese por ellas. Todas las suaves negativas de Konrads no sirvieron de nada. Finalmente, tuvo que ponerse firme y rechazar a su visita. Ella, antes de irse, le miró fijamente y dijo: «Mi nombre es Alma Acosta y resido en el

Hotel Jamaica. Si cambia de idea y quiere venderme esas muñecas, telefonéeme, señor Konrads. Pagaré por ellas lo que sea». Después de eso, se marchó.

—Alma Acosta… —Dick suspiró entre dientes—. Acaso estaba ya trastornada entonces, y de ahí su obsesión por las muñecas. Que yo sepa no tenía niños.

—Es… la mujer que murió en la ambulancia, ¿no es cierto?

—Sí, ella era. Pero prosiga, por favor. ¿Qué otra cosa sucedió, que relacione a las maravillosas muñecas de Konrads con Roger Denning?

—¿Cómo? Pero ¿es que no lo sabe?

—Si no sé… ¿el qué?

—Alma Acosta, esa mujer… era la amiga de Roger Denning desde hacía bastantes días.

—¡Cielos, no! —masculló Dick, abriendo mucho los ojos—. ¿Está segura de eso?

—Por supuesto que sí. De casa de Konrads, se marchó a la calle. Pero aquella misma tarde, quizá poco después de marcharse los primos de Roger Denning, oí voces en la galería de los Denning, contigua a la nuestra. Estaba trabajando yo en nuevos vestidos para las muñecas… No vi a quién estaba con Denning, pero reconocí la voz de la señora Acosta. Estaba con él y hablaba con un tono histérico de aquellas muñecas que no le quisieron vender. A mi pesar, cometí una falta y escuché. Denning le respondió: «No te preocupes, querida. Yo te compraré hoy mismo esas muñecas, si tanto te preocupan». Ella, poco después, manifestó: «Es que quiero tenerlas enseguida, Roger…». No sé qué más hablarían, pero cuando se despedían, ella habló algo así como: «… estoy deseando que todo el mundo pueda conocer lo nuestro. Tenemos derecho a ser felices tú y yo, Roger…». Luego sonó la puerta del piso. Comprendí que se había marchado. Estoy avergonzada de haber escuchado, pero no lo pude remediar. El interés de la señora Acosta, por esas muñecas me parecía… grotesco. Y también el de Konrads en negarle su venta, lo mismo que al pelear conmigo por tocar sus muñecas. Luego… esa mujer ha muerto en un accidente, Denning en otro… y no sé qué pensar. Estoy en un mar de dudas y confusiones. Pero creó que ocurre algo raro.

—Yo también lo creía ya, antes de oír su extraña historia,

señorita —suspiró Dick—. De todos modos, tal vez me haya prestado algo de luz. Gracias por todo… ¿Puedo verla, si necesito de usted, en casa de Konrads?

—Sí, sí. Yo trabajo allí por las mañanas y las tardes —se incorporó—. ¿Cree que he hecho bien en contarle todo esto?

—Sí, ha hecho bien —le tendió la mano con simpatía—. Gracias, señorita Slesar. Tal vez toda esa confusión de, a la larga, un poco de luz al misterio que ando investigando…

—Me alegraría que así ocurriese. Otra cosa, señor Travers; no es cierto que el señor Konrads se ausentara antes de salir para hacer sus entregas al bazar, en busca de materiales. Tenía cuanto precisaba para su trabajo. A mí me envió a adquirir unos útiles que no urgían. Cuando volví, él no estaba, y tardó en regresar. Alegó la misma razón que le dio a usted. Parecía nervioso. Dijo que podía marcharme. Así lo hice, porque era mi hora habitual de terminar, quizá incluso un poco más tarde. Luego debió ocurrir lo de la escalera.

—Evidentemente, así fue. Repito, señorita Slesar; gracias. Y no repita todo esto por ahí. Me parece que quien habla mucho o sabe demasiado, corre peligro.

Movió la cabeza con pesimista afirmación la dama de los lentes. Ya en la acera, se despidieron. Ingrid Slesar se alejó con paso rápido, calle abajo. Dick Travers la vio desaparecer tras los puestos de flores.

Reanudó su marcha, en dirección opuesta. Un solo factor había cobrado fuerza repentina: el delirio de la señora Acosta durante su amnesia. Habló de tres muñecas. Y eso empezaba a tener sentido. Le obsesionaban tres muñecas de Konrads. ¿Por qué?

Luego, estaba el sorprendente idilio o relación íntima entre Roger Denning y ella. Ahora, ambos habían muerto. ¿Por qué?

Siempre se iba a parar al mismo final: ¿por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?

Y no había respuesta. Nunca había respuesta.

Alcanzó una bocacalle por la que discurrían las vías del tranvía, en dirección a la calle Mayor de Puerto Caribe. Era angosta, apenas si daba cabida al vetusto medio de transporte, renqueante y destartalado, disponía de escasas luces y no la frecuentaba casi nadie. Dos o tres establecimientos, de mortecina luz, estaban

cerrando ahora sus puertas, o las había cerrado ya.

Era el camino más recto hacia el corazón de la ciudad, y Travers comenzaba a conocer a fondo el trazado urbano. De modo que echó a andar por aquí, siempre sumido en sus reflexiones.

Hubiera querido visitar a Valverde y referirle cuánto sabía. Pero, aparte de que carecía de pruebas que demostraran cosa alguna, el comisario estallaría, si le oía hablar de muñecas, muertos viajeros y cosas así. Necesitaba una prueba, una sola, de que él estaba en lo cierto y la muerte de Denning fue un asesinato, lo mismo que la de Alma Acosta en la ambulancia.

Consultó la esfera luminosa de su reloj. Disponía de poco tiempo, si quería llegar aún al Bazar De Soto y tratar de ver alguna de las muñecas creadas por Konrads. Súbitamente, sentíase profundamente interesado en juguetería.

No supo por qué volvió la cabeza. En realidad, no había habido ruido alguno a su espalda. Acaso fue ese sexto sentido, ese inconsciente centinela que todos poseen en el cerebro. Travers giró la cabeza.

Ya no estaba solo en la calleja. Eran cuatro las figuras que caminaban detrás suyo. Podían ser transeúntes vulgares. Pero era extraña su forma de avanzar, en abanico, con un despliegue astuto, que cubría por completo la calle, impidiéndole un retroceso o una retirada rápida.

Eran hombres con trajes claros o camisas blancas. Uno exhibía un mambo estampado, de vivo color. Ocupaba el centro de la línea, y esgrimía algo en su mano, quizá una porra, un trozo de madera o un fragmento de tubo de cinc. A Dick no le gustó todo aquello. Aceleró el paso.

Podía ser casual. Pero ante él, por la otra boca de la calleja, tres individuos entraron, cantando alegremente, a viva voz, una tonada centroamericana. Sus gritos podrían ahogar cualquier otro ruido, llegado el caso. Y Travers estaba seguro de que ese caso estaba a punto de llegar. Lamentó no llevar consigo un revólver, un arma cualquiera.

Como casualmente, los tipos de atrás también empezaron a cantar. Resultaba extraño aquel combinado de voces estridentes, desafinadas. Unos cantaban algo mejicano, otros, algo afroasiático. El conjunto de todo ello resultaba infernal, molesto y delirante.

Buscó en derredor algún portal, algún sitio donde ocultarse. No le gustó ninguno. Eran portales oscuros, angostos, donde podía esperarle todavía algo peor. Y como desconocía el terreno, estaría siempre en total inferioridad respecto a los adversarios.

Y que aquellos tipos eran realmente adversarios, pronto se reveló, sin lugar a dudas.

El tipo del mambo de colores estampados chilló estridentemente, en medio de la agria letanía de sus compinches. Alzó la mano armada y corrió hacia Dick como una flecha.

Travers saltó sobre las estrías metálicas, brillantes, de los rieles del tranvía. Eludió limpiamente el impacto de la pieza contundente. Era un trozo de cañería. Silbó en el aire, cerca de él, sin tocarle. Dick vio correr a otros dos hombres hacia él. Con horror, descubrió un martillo en manos de uno de ellos.

La intención era evidente. Nadie utilizaba un martillo para aturdir a otro. Iban a matarle. Su cadáver, con la cabeza destrozada a golpes, aparecería en la calleja, y la policía local no encontraría nunca a los culpables. O, aunque los encontrase, eso no constituiría consuelo para Dick Travers, ya difunto.

Levantó una pierna, y el tipo del martillo se encontró con un zapato que le pegó fuertemente en el hígado. Gimió, doblándose, y Dick repitió el impacto. Por el momento, aquél era el enemigo más peligroso de todos y en él centró su desesperada defensa. Le vio retroceder, tosiendo, desarmado. El martillo rebotó metálica, lúgubremente, en una vía de metal, entre el tosco empedrado de la calle.

Dick percibió distante el campanilleo de un tranvía. Si el vehículo llegaba a tiempo, estaría a salvo. Lo difícil era que aquel grupo de agresores le dejaran llegar. Y no querían permitir tal cosa, en modo alguno.

El hombre del mambo volvía a la carga. Y ahora, apoyado por dos hombres, se venía hacia él, mientras otros tres guardaban las salidas de la calle, expectantes, dando voces, en un remedo terrible de sinfonía coral.

Esta vez no pudo hacer mucho por eludir el mazazo del cinc, que le golpeó en el hombro, y le arrojó contra un poste anunciador. Allí se dobló adelante al recibir un directo al estómago y otro impacto de unos duros nudillos le alzaron en vilo, lanzándole

trastabillando al centro de la calle.

Trató de defenderse, y su puño pegó a alguien, que gritó de dolor. Pero no logró mucho. Los atacantes se habían situado en perfecto cerco, y otro hombre le pegó con el dorso de su mano en la nuca. Fue el peor golpe.

Cayó de rodillas, tosiendo, y un pie se estrelló en su nariz. Sintió que ésta chorreaba sangre, y le pareció que la tenía rota en cien sitios. Otro pie avanzó hacia él. A pesar de su precario estado, logró estirar una mano, aferrar el tobillo y tirar con violencia de él. El hombre se vino estrepitosamente a tierra, y su cabeza chocó huecamente en el empedrado.

A su vez, Dick cayó a tierra, sintiendo que se agotaban sus fuerzas. Otro puño le machacó la mandíbula, y la barra de cinc le pegó de nuevo en la cabeza. Esta lluvia de impactos era superior a toda resistencia. Se derrumbó de bruces, vio ante sus ojos las vías metálicas… y un campanilleo cercano hirió sus oídos. Retumbó en su cabeza el rodar metálico, estrepitoso, de un tranvía. La calle hacía pendiente, estaba oscura… El tranvía no pararía a tiempo, si él estaba cruzado en las vías, como ahora. Le destrozaría con el filo de sus ruedas.

Hizo titánicos esfuerzos por incorporarse. Una bota pesada le machacó los riñones bestialmente, y alguien masculló en español, cerca de él:

—¡Dale otros dos golpes de barra, Ricardo! ¡Acabemos con él, y el tranvía hará el resto!

Unos pies pisaron rápidos el empedrado, acercándose a él. En la pendiente, la luz del tranvía era visible ya, borrosa para Dick. Y se aproximaba vertiginosa a él.

Esperó los golpes, estirando sus brazos, hincando rabiosamente las uñas en el intersticio de los bloques de piedra. De pronto, sus dedos tocaron algo. Algo sólido, pesado, caído en tierra. Cerró los dedos en torno.

¡El martillo!

Ya tenía al tal Ricardo sobre él. Había abierto sus piernas, dejándole a Dick entre ambas, para soltarle el golpe decisivo en la nuca, con su trozo de cañería.

Dick giró con la mayor rapidez posible. El tranvía distaba cosa de unos metros del lugar. La hecatombe era inevitable. Disparó su

brazo. El martillo hendió el aire…

Ricardo lo recibió en pleno rostro. Fue un golpe salvaje, virulento. Su ronco aullido reflejó todo el intenso dolor que sentía. Retrocedió vivamente, tambaleándose. El del tranvía gritó algo, al verle llegar, trató desesperadamente de frenar el vehículo.

No pudo hacer nada. El viejo trasto no respondió a su orden y siguió adelante, arrastrándose unas yardas sobre las vías, pese al freno de arena. Arrolló a Ricardo, que chilló horriblemente, desapareciendo bajo las ruedas del feo vehículo pintado de amarillo.

Entonces sí frenó el tranvía, con un chirrido espeluznante, sobre los huesos fracturados del hombre que tenía bajo sus ruedas. Sufrió un golpe brusco y se detuvo… a menos de media yarda del lugar donde, incapaz de eludir el peligro de las vías, se debatía Dick Travers por salir.

Giró la cabeza, viendo bajar a la carrera a las gentes del tranvía. La calle se llenó de voces. Los compañeros de Ricardo, horrorizados por el final de la desigual pelea, se habían dispersado ya, dejando el terreno libre.

Un empleado tranviario, de uniforme gris, se inclinó sobre Dick, preguntando:

—¿Se encuentra bien, señor?

Dick solamente atinó a responder:

—Sí…

Luego, se desvaneció. Por lo menos, dejó de sentir, de ver y de oír.

CAPÍTULO VI

MUJERES.

—¡Un hombre muerto, y usted a punto de morir! Bonito balance de sus excursiones por Puerto Caribe, ¿no cree, Travers?

Dick miró hoscamente al comisario Valverde. Se rebulló en su asiento, y ello le provocó agudos dolores en todo el cuerpo. Luego rezongó con tono desabrido:

—Yo no busqué pelea. Me acorralaron y me pegaron de firme. Su intención era matarme, dejar que me arrollara el tranvía descendente…

—Todo eso está muy bien, Travers. Y el tal Ricardo Cortez era un maleante habitual de la ciudad. Pero todo ello solamente quiere decir una cosa: en su maldito afán de hacer de detective, está metiéndose en líos serios, que acabarán llevándole a un desastre. Esta vez tuvo suerte. Tal vez en otra ocasión no tenga tanta…

—Muy bien, lo sé. He tenido suerte. Pero es cuestión mía, comisario. Usted, lo que debe hacer es investigar lo mismo que he investigado yo.

—Mire, Travers; nadie tiene que enseñarme mi oficio —replicó duramente Valverde—. Yo sé lo que tengo que investigar. He oído el relato suyo, y le confieso que jamás escuché tantas tonterías jamás. Muñecas, muertos, asesinos misteriosos y sospechosos de todas clases. Es un puro disparate, que encajará en su mentalidad anglosajona, pero no en la nuestra. Nos gusta aceptar lo que es lógico, lo que puede ser. Y esa historia suya… *no puede ser*.

—Entonces… ¿quiere decirme por qué han intentado matarme?

—Ya se lo dije. Buscando una fantasía, ha debido asustar a alguien que tiene motivos para eludir a la policía, y eso ha provocado un ataque a su persona. Hágame caso, Travers; lárguese

de Puerto Caribe, o deje de meterse en lo que no le incumbe. Podría hacerle encarcelar, en tanto se resuelve la muerte de Ricardo. Es usted responsable de homicidio, no importa las circunstancias que sean. Es cuestión de un juez resolver. Pero le concederé el derecho de libertad provisional, si me promete no meterse en nuevos jaleos.

—Al parecer, no tendré otro remedio que aceptar esa libertad condicional, aunque sea una injusticia y una arbitrariedad suya, comisario.

—Diga otra vez eso y lo encarcelo —rezongó Valverde, irritado —. Mire, Travers; me está trayendo usted muchos líos. Gustosamente le concederé la salida del país, si prefiere volver a Miami o irse al mismísimo infierno. ¡Pero si se queda aquí, será de la forma que a mí me parezca bien! ¿Ha entendido de una vez, maldita sea?

—Habla usted muy claro.

—Pues aún hablaré más —dijo fríamente el comisario, inclinándose hacia él—. Esto es lo último que le tolero. Si vuelve a meterse en un enredo serio, si alguien más encuentra la muerte o corre riesgo de morir, por culpa suya… ¡Le encerraré definitivamente, y le haré procesar por homicidio y desacato a las leyes de Puerto Caribe! Aun siendo súbdito norteamericano, eso implicaría una pena de varios años de prisión, Travers. Espero que esto sí lo entienda bien, y sepa que en caso de una reincidencia, no tendré la menor compasión ni tolerancia con usted.

—Muy bien, comisario. Su franqueza me enternece —dominando su dolor general, Dick se incorporó. Su rostro se contrajo, a causa de lo resentido que continuaba el cuerpo, tras la violenta paliza sufrida—. Tendré todo eso bien en cuenta. ¿Algo más?

—Sí. Váyase al hotel y descanse. Está hecho pedazos.

—Peor está el que pretendió triturarme bajo el tranvía —masculló Dick—. Tal vez le parezca inhumano, pero no lamento en absoluto que le ocurriera tal cosa. Eso enseñará a alguien que Dick Travers no es fácil de eliminar.

Caminó hacia la puerta lentamente. El comisario Valverde le miraba fijamente. Extrajo una botella de ron, plana, de un cajón de su mesa, y habló:

—Sí, es duro de pelar usted. ¿Quiere un trago para reanimarse,

Travers?

—No, gracias —denegó Dick, ya junto a la salida—. No lo necesito.

—Ya veo… Debe hacer falta una fuerza de voluntad muy grande para no beber de nuevo, ¿eh, Travers? —dijo inesperadamente Valverde.

Dick se quedó rígido. Lentamente, se volvió hacia el comisario. Sus ojos helados contemplaron la botella de licor sobre la mesa. Era como una tentación maligna, presentada por el policía latino.

—¿Lo sabe usted? —musitó el norteamericano roncamente.

—Lo he sabido hoy. Tengo sus datos completos, Travers —dio un golpe suave con los dedos a una carpeta situada sobre la mesa—. Imaginé algo así. Ahora sé que es…

—… Un exalcohólico en plan de regeneración —remachó sordamente Dick—. Sí, comisario; ése soy yo. He pasado el infierno del alcohol. Por suerte, me curé de eso. No bebo. No beberé de nuevo. El trópico es una tentación muy fuerte, y yo lo sabía. Por eso lo elegí. Porque quería probarme a mí mismo lo fuerte que soy.

—Y ha salido triunfante de su prueba —suspiró Valverde, tirando la botella de nuevo, al cajón de donde la extrajera—. Enhorabuena, muchacho. Es un gran triunfo. Pero no olvide que el que ha sido alcohólico ve, a veces, todavía los delirios que le atormentaron cuando sufría su dolencia. Esa historia de crímenes y misterio es uno de ellos.

—En mis delirios he visto ratas, murciélagos e insectos gigantes. Pero nunca muertes y asesinos. Y ahora no sufro delirios de ninguna clase, comisario. Sé lo que veo y sé lo que pienso. Podrá encerrarme en la cárcel, pero no en un manicomio.

Después de eso abrió la puerta y abandonó la oficina, dando un portazo.

El comisario Valverde, pensativo, continuó sentado tras su mesa de trabajo, apoyado el mentón en una mano, la mirada vaga y reflexiva.

—Piso tercero. Sección de juguetería…

La voz monocorde de la ascensorista, una morenita prieta de carnes y cuyo ceñido uniforme azul resaltaba las curvas nítidamente, informó a los ocupantes del ascensor. Varios viajeros se quedaron en la planta tercera del Bazar De Soto, en la calle

Mayor de Puerto Caribe.

Entre ellos, Dick Travers. El norteamericano avanzó entre mostradores cuajados de juguetes. Arquitecturas, instrucciones, juegos mecánicos, figuras zoológicas y toda clase de maravillas para el niño. Las muchachas que servían tras los mostradores, también eran maravillas. Y no precisamente para niños. Dick Travers observó que la dirección prefería evidentemente a rubias y morenas por un igual. Pero que todas ellas estuvieran bien dotadas por la Naturaleza. Comprar allí, resultaba delicioso. En el bazar lo sabían, y los precios no eran, precisamente, de saldo.

Lentamente, pasando entre numerosas mujeres que adquirían juguetes de diversas especies, llegó al mostrador destinado a muñecos y muñecas. Había auténticas creaciones en ambas cosas. Y las dos empleadas, rubia una y morena otra, eran otros ejemplares dignos de aquella sección. La rubia, de espaldas a él, anotaba algo en el registro de la Caja. La morena, con su contoneo vivaz que hacía vibrar su busto bajo la tirante tela del uniforme, se le acercó, sonriendo golosamente con su boca carnosa, muy roja.

—¿Alguna muñeca, señor? Puede adquirir ejemplares para niños o para su novia. Una mujer se vuelve loca por una muñeca, si es de las nuestras…

—No tengo novia, señorita —informó Dick con una sonrisa, inclinándose ligeramente. Aún le dolían los huesos, tras la dura prueba de la noche anterior, pero se dominó—. Ni niños tampoco. Es un regalo para un amigo casado, con siete hijos…

La morena enarcó las cejas. Se inclinó hacia él, realmente interesada. El uniforme tenía un condenado escote demasiado profundo. Ella lo sabía, pero se inclinó. No llevaba muchas prendas debajo del uniforme. Dick contuvo el aliento.

—Puedo buscarle siete muñecas maravillosas… o una que deje contentos a todos —informó—. ¿Qué clase de muñeca prefiere, señor?

—Personalmente, me quedaría con usted —observó cínicamente Dick, recorriendo con el dedo el cristal del mostrador, en el trazo de una curva significativa—. Pero los niños mandan. Habrá de ser otra cosa…

—Yo le buscaré lo más aproximado a su gusto —sonrió ella, desafiante, irguiéndose de un modo nada tranquilizador—. Tenemos

unas muñecas que…

—¡Eh, Marga! —llamó una voz desde el fondo del mostrador—. ¡Ven aquí! Es urgente…

—Ya voy, señor Morán —suspiró la joven, defraudada. Dirigió a Dick una mirada incendiaria—. ¿Me disculpa? Me llama el jefe de sección. Mi compañera le atenderá.

—Claro. Vaya tranquila… ¿Termina muy tarde aquí?

—A las seis —sonrió ella—. Y hoy no tengo nada especial que hacer…

—Ya lo tendrá, no tema —Dick le guiñó un ojo—. Hasta luego, preciosa.

Ella se alejó, contoneándose endiabladamente, y diciendo por encima del hombro a su compañera rubia:

—Irene, atiende tú a ese caballero, ¿quieres? Morán me necesita. Y ya sabes cómo es. Me tendrá una eternidad, discutiendo tonterías…

—Sí, Marga, ya voy —respondió la voz de la rubia, sin volverse. Luego, dejó las anotaciones de Caja y giró hacia Dick Travers, comenzando—: Usted dirá, caballero, lo que… ¡Oh, *usted*!

—Usted… —Dick sonrió, gratamente sorprendido. Arrugó el ceño ligeramente—. ¿Cómo está la bella y gentil «Zafiro», ahijada del Hada Azul?

—Muy bien. Ya va al colegio —le miró irritada. La bella rubia del barrio de Montecristo era más bonita con el uniforme azul del bazar que tal como la viera el día anterior—. ¡Usted y sus fantasías! Siempre está hablando de su amigo Dick, del Hada Azul y del barco de espuma.

—Es agradable saber que los niños se acuerdan de uno —sonrió Travers—. Tiene una hija encantadora.

—Gracias. ¿Ha venido con la intención de verme tal vez?

—No, no. Le aseguro que ni siquiera sabía que trabajase aquí.

—No hace mucho tiempo que tengo este empleo —miró de soslayo a un lado y otro—. Bien; no nos dejan hablar con los clientes que no compran. ¿Qué es lo que busca?

—Una muñeca.

—Hay muchas. ¿Alguna determinada?

—Una odalisca, por ejemplo. Una muñeca bonita, vestida de árabe…

—No tenemos ninguna de esa especie. Pero hay zíngaras, princesas y…

—No quiero nada de eso. Quiero una odalisca. Creo que tienen algunas.

—Creo que hubo algunas. Pero se han vendido.

—¿Las tres?

La pregunta rápida de Dick cogió desprevenida a la rubia muchacha, la cual parpadeó, mirándole sorprendida.

—¿Cómo sabe que tuvimos tres? —indagó—. Está bien informado, a lo que veo.

—Tres odaliscas fabricó el señor Konrads, el juguetero. Quiero una de ellas. O las tres, si las hay. Ya le dije a su frívola compañera que es un regalo para siete niños.

—Señor, usted es un hombre muy extraño —le miró la llamada Irene, fijamente—. Primero visita el barrio donde resido, habla con mi hija, me pregunta a mi sobre un fantástico crimen, y aparece aquí, donde yo trabajo, pidiéndome tres muñecas en especial… que han sido ya vendidas.

—De modo que las vendieron… —Dick respiró con fuerza—. Debí imaginarlo. ¿Puedo saber a quiénes?

—No. Ni creo que sea de su incumbencia, ni podría ayudarle. Yo vendí solamente una. Las otras dos las vendió mi compañera.

—¿A quién se la vendió? ¿Recuerda quién era? ¿Hombre, mujer…?

—Vendemos centenares de muñecas diarias. ¿Cómo puedo recordar eso? —Le miraba fija, seriamente—. ¿Ha venido a comprar o a hacer preguntas?

—A las dos cosas —estiró la mano. A ciegas, tomó un gracioso conejillo de trapo, con un tambor—. Me llevo éste. ¿Sigue sin recordar quién compró la odalisca que despachó usted?

—Es que no lo sé. Eran unas muñecas encantadoras. Se vendieron rápidamente.

—Su fabricante las trajo el domingo, si no me equivoco. Ustedes tuvieron que venderlas el lunes. O sea, ayer. ¿Estuvo usted ayer aquí? ¿No descansó, para cuidar de su hija?

—Solamente por la mañana. Volví a mediodía. Marga había vendido ya dos muñecas. Quedaba una, que habían reservado en previsión de algún encargo. Pero no se hizo ninguno, y yo la vendí.

No podría decirle a quién. No lo sé, ni creo que tenga la menor importancia.

—Para usted, tal vez no; para mí, sí. Le agradeceré que trate de recordar —le tendió el muñeco de trapo—. ¿Quiere envolverlo, por favor?

Irene asintió. Parecía perpleja y desconcertada. Envolvió el muñeco y cobró a Dick su precio. Al final, el joven inició la marcha, con las manos en los bolsillos.

Irene exclamó, agitando el envoltorio:

—¡Eh, señor, su paquete! Se lo olvida aquí.

—No, no lo olvido —sonrió Dick, ya en la puerta del ascensor—. Lléveselo a «Zafiro». Es un regalo de su amigo Dick y del Hada Azul…

Le guiñó un ojo, antes de cerrarse la puerta del ascensor. La rubia y joven madre de la niña se quedó allí, con el conejito de trapo, sin saber qué hacer.

—Vaya; no olvidó la hora, ¿eh?

—Yo nunca olvido a una mujer bonita, Marga. Ni la hora en que he de reunirme con ella. Son las seis. Y no tenías nada que hacer a esta hora, ¿no es cierto?

—Eso es —le miró con sus ojos profundos y llenos de insinuaciones—. Bien cierto, mi querido… Tiene gracia. ¿Te has dado cuenta de que aún no sé cuál es tu nombre?

—Dick. Dick Travers.

—Dick… Me gusta. Y me gustas tú… En un sitio como éste, no abundan los hombres de tu clase… ¿A dónde vas a llevarme?

—La verdad es que no lo sé —Dick llamó un automóvil de alquiler. Se detuvo junto al bordillo de la acera—. No conozco bien Puerto Caribe. Preferiría que guiases tú.

—¿Qué te parece mi apartamento?

—A mi bien. ¿Vives sola?

—Casi —rió Marga—. Vive conmigo una compañera. No me preguntes a qué se dedica, porque apenas si nos vemos. Compartimos el apartamento, pero no nos molestamos. Ni nos metemos en nuestras cosas respectivas. Allá cada cual con su vida. ¿Vienes?

—Contigo… al fin del mundo —musitó Dick, al sentarse junto a Marga, en el taxi. Y sintió el calor del cuerpo femenino pegado al

suyo. Se inclinó y rozó los labios carnosos con los suyos. El roce se hizo más intenso y prolongado.

—¿A dónde, amigos? —refunfuñó el chófer, mirando por el retrovisor con aire irritado.

Separaron sus bocas. Se miraron, riendo. Ella entornó los ojos. Dio unas señas. El coche arrancó. Dick, con una honda inspiración, se reclinó en el asiento. Sus ojos fueron a la ventanilla posterior del taxi, por encima de la nuca de la morena compañera. Vio la rubia y suave belleza de Irene abandonando el bazar. La figura se alejó. Llevaba un envoltorio en sus manos. El conejito de trapo con el tambor. Un presente para «Zafiro». Del Hada Azul y de Dick…

Sonrió Travers. Marga se volvió, rodeándole el cuello con sus brazos morenos y ávidos. Captó su sonrisa.

—¿Qué te pasa, Dick? —preguntó en un murmullo—. ¿Por qué sonríes?

—¡Oh, no es nada! —suspiró Travers—. Pensaba… en algo muy distinto a ti y a mí. Pensaba en ciertos contrastes del ser humano, y de su vida…

No añadió más. Marga tampoco preguntaba. No era de las mujeres que hacían preguntas. Para ella, el tiempo merecía la pena de ser empleado en otras cosas. Y Dick estaba de acuerdo en eso.

—¿Qué hora es, Dick querido?

—Las dos, pequeña —suspiró Travers, sirviéndose un poco de soda en el zumo de naranja. Contempló el oscuro panorama de la ciudad desde aquel ventanal. Luego se volvió a Marga—. Parece mentira. Pero llevamos ocho horas juntos.

—Pasaron en un soplo. Apenas si fue un segundo, ¿verdad, querido?

—Sí, Marga. Apenas un segundo… —Dick respiró con fuerza. Bebió un trago, dejó el vaso sobre la repisa del hogar apagado, que jamás se utilizaría en la cálida ciudad, y se volvió a Marga. Se había anudado una bata roja al cuerpo, y estaba hermosa, con su negro y largo cabello golpeando los hombros. La miró fijamente al decir—: Creo que vamos a ser buenos amigos tú y yo.

—Yo también lo creo, Dick… —Se acercó a él, le rodeó con su brazo y le besó—. Me gustas cada vez más. ¿Vas a estar mucho tiempo en Puerto Caribe?

—No sé aún. Depende de muchas cosas… —La estudió con

calma—. Es curioso que te haya conocido al ir a comprar una muñeca. Y he llegado a tener junto a mí la más hermosa muñeca de todas: tú, Marga.

—Tonto… —Le miró con intensidad—. Me dijiste que no tenías novia. Mentías, ¿no?

—Tienes mi palabra de que no mentía —sonrió Dick—. El regalo era para unos amigos. Pero tu amiga Irene, la rubia de la sección de juguetes, no tenía la que me gustaba.

—¿No? Hay muchas muñecas allí. ¿Qué buscabas tú? ¿Una de carne y hueso?

—No, no. Ésa la tengo ya —la besó a flor de labio—. Me refiero a los juguetes. Me hablaron de unas preciosas odaliscas. Pero ya las había vendido.

—Oh, las odaliscas —Marga hizo un gesto elocuente—. No puede negarse que han tenido éxito. Para mí, son unas muñecas horribles.

—¿Horribles? ¿Por qué, Marga?

—Mira, Dick, a mí me gustan muñecas que *sean muñecas*. Cuando las miro y me parecen figuras humanas en miniatura… No sé; me dan horror. Y recuerdo las cabezas que reducen los jíbaros. Algo así pasa con esas obras de artesanía que recibimos. El fabricante tiene la particularidad de dar apariencia *humana* a sus muñecos.

—¿Konrads da apariencia humana a sus obras? —se interesó Dick, desagradablemente impresionado.

—Sí —Marga se estremeció, acurrucándose más contra él—. No sé, Dick. Me parecen unos juguetes espantosos. Pero a la gente les gusta. Vendimos las tres únicas piezas en poco tiempo. Yo vendí dos. Irene vendió otra…

—¿Y a quiénes pudo interesar esos ejemplares tan feos?

—No son feos. Lo terrible es que siendo tan bellos, produzcan repugnancia por su similitud con el ser humano… —hizo una pausa —. Vendí dos muñecas el mismo lunes, o sea, ayer. Las envié a los domicilios de sus compradores.

—Oh, entiendo. ¿Qué compradores eran ésos? ¿Coleccionistas de muñecas tal vez?

—Uno, lo era. Una francesa que reside en Barrio Alto. Una tal Ivonne Marcel, chiflada por las muñecas. Pero el otro no era cliente

nuestro.

—Me gustaría saber quién es, a ver si me vendía una. Mis amigos quieren una de esas odaliscas, por horribles que sean.

—Puedes probar fortuna. La Marcel no te la venderá. Pero es posible que el otro sí. Es un tal Roger Denning, un americano como tú…

Dick Travers se quedó rígido. Cambió una mirada tensa con la ingenua y torpe de la hermosa morena. Poco a poco iba escarbando. Pero lo que encontraba era desconcertante. *Porque Roger Denning estaba muerto cuando las muñecas se pusieron a la venta.*

—¿Viste tú a ese Roger Denning que compró la muñeca?

—No, no. Envió a su esposa a adquirirla. La compró, dando una dirección. Se le envió allí enseguida, porque pagó al contado.

—¿Su esposa estuvo en el bazar?

—Ya te he dicho que sí. Hizo el encargo y se fue. Enviamos la muñeca.

—¿A dónde?

—No lo recuerdo bien. Si tanto te interesa, te lo puedo decir mañana.

—Sí, Marga, por favor. Quiero un ejemplar de esa muñeca, valga lo que valga. ¿La señora Denning era joven?

—Joven y bonita, sí. Morena, vestida de gris. Su nombre era especial. Sí, se llamaba Alma. Alma Denning, anteriormente Alma Acosta. Eso dijo.

Dick sintió un frío sutil en la espina dorsal. Alma Acosta… Alma Denning. Esposa de un hombre muerto. Y lo que era más fantástico, al hacer la compra de la muñeca… *también ella había muerto.*

¿Quién suplantó a Roger Denning para adquirir una muñeca fabricada precisamente por el vecino de Denning? ¿Y quién suplantó también a la señora Acosta, haciéndola pasar por esposa de Denning?

El enredo aumentaba por momentos. Todo él resultaba increíblemente complicado, hasta el punto de parecer un puro disparate del principio al fin. Y eso que todavía faltaba el último eslabón por el momento. Trató de dar con él:

—¿Y tu compañera? ¿Sabes a quién pudo vender su ejemplar?

—No —denegó Marga—. No sé a quién lo vendería Irene. Ni se lo he preguntado, ni creo que lo dijera. Es una chica muy reservada.

Es viuda y tiene una niña, ¿lo sabías?

—¿Cómo iba a saberlo? —exclamó Dick, con perfecto cinismo.

CAPÍTULO VII

LA PISTA

El nombre de Ivonne Marcel figuraba en la lista telefónica de Puerto Caribe. Dick Travers marcó el número, luchando contra el sueño.

Eran las ocho de la mañana. No había dormido mucho. Pero si quería terminar pronto con aquella pista de las muñecas, que ni siquiera sabía adónde iría a parar, era necesario que actuase aprisa.

Ivonne Marcel no respondió. O dormía, sin atender su teléfono, o no estaba en casa. Caminó bajo el sol tibio de la mañana, por las calles desiertas de Puerto Caribe.

Tomó un café en un local madrugador, abierto para los obreros portuarios, y siguió después su paseo matinal. Sentíase cansado de buscar y buscar, lo que ni siquiera imaginaba qué podía ser. Ir detrás de unas muñecas resultaba un juego extraño y asombroso. ¿Qué podían significar aquellas muñecas? ¿Qué secreto encerraba alguna de ellas, para que tanta gente anduviera en danza tras ellas?

Una mujer amnésica citó tres muñecas. Un hombre que murió, era vecino del que fabricó tres muñecas. Tres muñecas se vendieron en un bazar, y uno de sus compradores era el muerto, haciendo el encargo otra mujer también muerta. Era para volverse loco. Konrads, el hombre que las fabricó, vio morir al comprador de una de ellas, según su declaración. Ese mismo hombre se enfureció con su empleada cuando ésta tocó las muñecas… Todo un puro disparate.

Dick Travers alcanzó Barrio Alto poco después. Era una zona residencial, al final de los muelles norte. Encontró la avenida de las Américas, y en ella un edificio de apartamentos, de aspecto, suntuoso. Allí residía Ivonne Marcel, la francesa coleccionista de

muñecas. Confrontó las señas: Apartamentos Northside, 437 A.

Pidió por ella, y el encargado de la centralilla le indicó que dormía. Dick, atrevidamente, declaró ser detective americano. Impresionado por ello, el hombre le señaló el ascensor.

—Piso cuarto, ala derecha —informó escuetamente—. Pero la señorita Marcel duerme a estas horas. No le gustará que la molesten.

—Le guste o no, es relacionado con un asesinato.

Eso impresionó más aún al empleado, y Travers pudo alcanzar el ascensor, pulsando el botón del cuarto piso, sin ser detenido por nadie.

Una vez arriba, se encaminó al apartamento de Ivonne. La puerta 437 A se hallaba al final de un corredor. Apoyó con fuerza su dedo en el timbre. Éste sonó, con un zumbido sordo. Pero al mismo tiempo, la puerta cedió lentamente a su presión.

Travers contempló perplejo el hueco que se abría ante él. La luz del pasillo reveló un pequeño recibidor en sombras. Al fondo, una luz eléctrica, con pantalla protectora. La claridad, llegando del suelo, iluminaba extrañamente los muebles, cuadros y adornos, proyectando sombras alargadas hacia el techo.

Dick Travers vaciló. Pero apenas unos segundos. Luego resolvióse a entrar, sin más rodeos. No estaba dispuesto a sentir miedo ante mujer alguna, aunque fuera francesa y dejase su puerta abierta a los visitantes masculinos.

Cruzó el vestíbulo en sombras y pisó una gruesa alfombra de espuma en la sala. La lámpara caída era de pie. Reposaba bajo la reproducción de un Picasso. Más allá, era una silla la que yacía volcada. Un poco más lejos, un vaso de licor. La cucharilla larga continuaba en la alfombra, el hielo debió licuarse mucho antes, y el licor, verdoso, dejó una fea mancha donde se secó.

La mancha que dejó Ivonne Marcel era sin embargo, mucho menos agradable y más oscura. Le había salido del cuello, donde un punzón o algo así se hincó con violencia, seccionándole la yugular.

Tenía aspecto de francesita. Era chatilla, de pelo castaño y una figura muy bella. La muerte la sorprendió en ropas interiores, de nylon azul. La sangre que afluyó por su herida, había afeado su aspecto. La muerte también. Estaba rígida, la mirada vidriada. Un sello de oro, en su mano izquierda, tenía las iniciales I. M.

—Ivonne Marcel —suspiró Dick Travers—. La pista se termina… apenas empezada. Otro cadáver… Y esta vez *sí que es asesinato.*

Cruzó la sala sin tocar nada, dominando sus propias emociones del mejor modo posible. Llegó a otra puerta abierta. Daba a un dormitorio. El lecho aparecía vacío, las ropas revueltas. Sin duda Ivonne había dormido allí. Y abandonó la cama para morir.

Otra puerta contigua aparecía igualmente abierta. Pero ésta había sido descerrajada, y se veía su cerradura, con la madera violentada con algo incisivo, y el pestillo colgando inútil.

Asomóse a aquella habitación. La luz estaba encendida. Docenas de rostros inexpresivos y diminutos le contemplaron, como si un fantástico público estuviera en sus caras de plástico, de porcelana, de celuloide, pasta o simple trapo. Como si un centenar de ojos de cristal pusieran su infantil curiosidad en él.

Revisó todas las muñecas. Estaban perfectamente alineadas sobre estanterías y sofás. Formaban una colección sorprendente y costosa. Un capricho de mujer adinerada y solitaria. Había todas las clases de muñecas, minuciosamente cuidadas y atendidas. Japonesas o chinas, mulatas, hawaianas, bailarinas y pieles rojas, princesas y deportistas, en una variada gama de calidades y estilos.

Pero los ojos de Dick pasaron todo eso por alto, para fijarse en algo. Algo que resaltaba porque era allí, en las perfectas hileras, el único desequilibrio. Un hueco perfectamente delimitado, entre una chinita y una muñeca vestida de esquiadora.

No era un hueco casual. Casi se descubría la falta de la muñeca correspondiente. Un ejemplar arrancado de allí. Posiblemente después de morir su dueña. Posiblemente también… era la odalisca de Konrads la que había desaparecido.

El dedo marcó el número correspondiente. Una voz preguntó, al otro extremo del hilo:

—Bazar De Soto. ¿Qué desea?

—Con juguetería, por favor. Sección de muñecas —esperó un poco. Tras un leve «clic» metálico, una voz de mujer le preguntó lo mismo. Dick sonrió al reconocerla, y respondió—: Hola, querida.

—¡Dick! ¿Eres tú?

—Sí, el mismo. Lo de Ivonne no resultó. Dijiste que buscarías las señas que te pedí. ¿Puedes dármelas?

—Sí, espera un momento —la voz de Marga se interrumpió, para

proseguir luego—: Avenida de los Cedros, 67. ¿Enterado Dick?

—Avenida de los Cedros, 67. Sí, enterado. A nombre de Roger Denning, ¿no?

—Eso es. Suerte, Dick. Espero que te salgas con la tuya. Trataré de descubrir lo que hizo mi compañera con la otra, por si falla eso también.

—De acuerdo, Marga. Gracias. Eres un encanto —le dirigió un beso por el hilo telefónico y colgó. Luego, saliendo de la cabina, respiró hondo y musitó—: Avenida de los Cedros, 67… Rogers Denning. Es mentira, claro está. No es Denning quien ocupó nunca esa dirección. ¿Quién se ha hecho pasar por él para obtener esa muñeca? ¿Y por qué dar precisamente su nombre?

Vaciló. Después regresó a la cabina telefónica. Marcó un número. Esperó. Al otro lado del hilo se puso alguien. Una voz de hombre, cadenciosa y lenta:

—Cuartel de Policía. Hable, por favor.

Dick habló:

—Vayan a los Apartamentos Northside, en la Avenida de las Américas. Una mujer, Ivonne Marcel, está muerta. Asesinada…

Colgó sin esperar a más. Abandonó la cabina y se metió en un bar inmediato, saliendo por la puerta del fondo. Se alejó, hasta encontrar un taxi, subió a él de un salto e indicó:

—Avenida de los Cedros. Yo le diré dónde debe parar…

El taxista asintió, y el vehículo se puso en marcha. Dick se retrepó en el asiento, suspirando profundamente. Se preguntaba a dónde iba a llevarle aquella grotesca pista de las muñecas.

Una vez había concluido con la muerte, violenta y feroz. Podía repetirse. Incluso en él mismo. Había de tener cuidado. Mucho cuidado…

Sin querer, recordó la amenaza de Valverde: «Si se ve metido en otro lío, si se complica en un nuevo homicidio… haré que lo procesen y encierren por varios años. No habrá perdón ni tolerancia; en un segundo caso».

Él no era culpable de nada. Pero había habido un segundo caso: Ivonne Marcel. Si fracasaba en su empeño y terminaban relacionándole con ella, como indefectiblemente sucedería… nadie podría disuadir al comisario de su obstinada idea.

Acaso había sido una torpeza volver a las andadas, pretender

luchar contra tantos obstáculos y factores adversos. Pero de cualquier modo, era demasiado tarde para volverse atrás.

Tenía que llegar al final. Fuera este cual fuese…

La Avenida de los Cedros se extendía a lo largo del perímetro de la ciudad, en su zona oeste. En una barriada residencial, con abundancia de chalets y edificios acotados. Dick no vio por parte alguna los cedros que le daban su nombre.

El número 67 correspondía a uno de esos chalets. Y lo que sí se erguía a espaldas del edificio era una alta, curvada palmera de grandes hojas, como dando sombra al pequeño jardín que rodeaba la residencia.

Dick no necesitó llamar en la puerta de barrotes metálicos que daban acceso a la finca. Estaba abierta, y cedió a su presión Por unos momentos se detuvo, vacilante. No guardaba muy buen recuerdo de la puerta anterior que hallara en iguales condiciones. Ni deseaba en absoluto encontrarse con otro cadáver.

Cruzó el descuidado jardín, alcanzando el porche de entrada. Esta puerta, al menos, estaba cerrada. Casi resultaba extraño. Tanteó una ventana, con igual resultado negativo. Luego se aproximó al timbre. Llamó.

Repitió la llamada tras una larga espera. Ninguna dio resultado. Insistió una vez más, y nada sucedió tampoco. Volvió a la ventana. Envolvió su mano en el pañuelo y pegó un seco golpe a los cristales. Éstos cayeron, con un chasquido brusco, al interior de la casa. No había contraventanas. Dick introdujo la mano, sin desprenderse del pañuelo, para no cortarse con las aristas de vidrio. Buscó la falleba, dio con ella y abrió la ventana. Después no tuvo que hacer otra cosa sino saltar al interior.

Era una estancia oscura, cuyas ventanas aparecían veladas por espesos cortinajes. La cruzó, abriendo una puerta a un corredor. Escuchó. No se percibía ruido alguno en la casa.

Se aventuró por el pasillo, y llegó al arranque de una escalera ascendente. No parecía haber señales de vida dentro del edificio. Pero eso podía resultar un efecto engañoso. No se fiaba en absoluto de nada.

Comenzó a ascender la escalera. Paso a paso, peldaño a peldaño, y con todos sus sentidos alerta. Llegó al piso alto. Avanzó por el corredor, al que se abrían cuatro puertas, dos por cada lado. Todas

ellas estaban cerradas.

Llegó a la tercera estancia. Otro dormitorio. Lo oteó escrutadoramente. Nada.

La cuarta y última puerta era su única esperanza de hallar algo en aquel piso. O los ocupantes estaban fuera de la casa, o lo cierto es que la habían abandonado. Pero de eso no podía hacer mucho tiempo, si los almacenes De Soto enviaron allí una muñeca, a nombre de Roger Denning. Muñeca que fue recogida por *alguien.*

Abrió esa puerta, igualmente desprovista de llave. Se encontró en un nuevo gabinete. Parecía un despacho o estudio para diversas aplicaciones. Examinó con ojo crítico cuánto aparecía en torno: muebles, cortinajes, cuadros.

Sus ojos fueron a caer sobre algo que reposaba en un sofá, al fondo: una muñeca. Una odalisca de vaporosos vestidos… *desprovista de su cabeza.*

La muñeca decapitada parecía algo horrible, caída en aquel sofá, como un cuerpo humano sin vida, al que hubiesen guillotinado. Dick Travers la contempló fijamente. Avanzó luego, llegando hasta ella, la alzó, contemplándola con atención. No vio la cabeza por parte alguna. Era realmente bella de figura y vestimenta. Sólo aquella mutilación de su cabeza le hacía parecer monstruosa, perdiendo toda su gracia ingenua de muñeca, dándole un aire siniestro y extraño…

Algo danzaba en su mente, algo relacionado con aquellas muñecas. Le daba la impresión de que estaba cerca, muy cerca de la solución de aquel caos sangriento, iniciado con la muerte de un hombre y de una mujer, continuaba con una agresión que pudo ser mortal para él… y remachada con el asesinato de una mujer. Ivonne Marcel.

No podía hacer nada en aquella casa. No había nadie en absoluto. Pero allí dijo estar alguien que pretendía ser Roger Denning. Recibió una muñeca nueva… y ahora ésta se hallaba decapitada. Otra persona que adquirió una muñeca, Ivonne Marcel, halló la muerte.

¿Cuál era la explicación de todo aquello? Y sobre todo… ¿DÓNDE ESTABA LA TERCERA MUÑECA?

Era preciso, absolutamente preciso descubrirlo, hallar a la tercera pieza del siniestro rompecabezas. Súbitamente, Dick Travers

empezaba a advertir algo confuso, pero evidente:

LA CLAVE ESTABA EN LAS MUÑECAS.

Pero ¿qué clave?

Lentamente, avanzó hacia la puerta de salida. Acaso nunca daría con la solución del enigma. No podía olvidar a Roger Denning, muerto de un aparente accidente en la escalera. Ni a la señora Acosta, víctima de un extraño choque… Ni su providencial salvamento en el callejón, ante el tranvía descendente. Ni, mucho menos, el cuerpo de la francesita muerta, con la garganta ensangrentada… y un vacío en su colección de muñecas.

Todo ello tenía que tener un nexo, una unión en alguna parte. Sólo que no sabía dónde. Sentíase mareado, la boca seca… La sed crecía en él. Incluso por un momento le asaltó una horrible tentación que apartó de sí con terror.

Si pudiera beber… beber solamente un trago… Le daría ánimos, podría seguir adelante, SÓLO UN PEQUEÑO TRAGO…

Rechazó la idea, angustiado; sintiendo que el sudor, un sudor frío y viscoso, se adhería a su piel, como una envoltura siniestra y maligna. Corrió a la puerta. La abrió, parpadeando ante la luz solar, intensa y directa contra sus ojos.

Vagamente, descubrió una silueta que se ponía en pie, ante la casa, emergiendo de un árbol de la acera opuesta de la Avenida de los Cedros. No advirtió detalles, cegado por el sol. Cuando lo advirtió, era tarde…

Lo que parecía un bastón, en manos de la figura borrosa que el intenso sol difuminaba ante sus pupilas, se alzó, apuntándole directamente. No era un bastón. Los bastones no disparan.

Sintió el choque en el cuerpo al mismo tiempo que la detonación retumbaba en sus oídos. Una llamarada lució el extremo de lo que parecía un bastón. El impacto en su pecho le nubló la vista. Un dolor agudo, lacerante, le sacudió de pies a cabeza.

Tambaleóse, osciló, con el rostro contraído por el calambre que recorría su cuerpo. Vagamente advirtió que su mano, oprimida en forma instintiva contra la herida de bala que le quemaba el lado izquierdo del pecho, se teñía de algo oscuro, caliente y denso…

No supo nada más. Se fue contra el suelo.

CAPÍTULO VIII

SIN SALIDA

Estaba todo oscuro. Muy oscuro.

Eso le sorprendió. Si es que aún era capaz de advertir las sensaciones de sorpresa u otras similares. Pero sí, las advertía. Vivía aún, respiraba todavía. Sólo Dios sabía por cuánto tiempo sería eso. Pero *era* aún.

Dick Travers trató de incorporarse. ¡Todo era tan difícil…! Se derrumbó de nuevo, sintiendo un tirón agudo, doloroso, en su tetilla izquierda. Eso le hizo recordar la herida. Era un milagro, sin duda, que viviese todavía. Un fantástico, asombroso milagro…

Se rehízo, respirando lentamente, pegado al suelo. Parpadeó varias veces. La oscuridad persistía. Sólo una rendija de luz le llegó, en la distancia, e hirió sus retinas. Se preguntó dónde estaría. Y cuánto tiempo habría transcurrido, desde que la sombra confusa del exterior le disparó a bocajarro, esperando matarle.

Olía fuertemente a algo. Algo nauseabundo, que a él no le gustaba. Pero que le había gustado mucho antes. Hasta el punto de convertirse por ello en una ruina humana: alcohol. Una bebida alcohólica.

Logró incorporarse poco a poco. Irguió la cabeza. Extendió su mano izquierda, palpando el suelo, muy lentamente. Tropezó con lo que buscaba. Una botella. Una botella de licor. Y algo más junto a ella. Un cuerpo metálico, duro, rectangular… Una pistola automática. Quizá la misma que dispararon sobre él, adosada a la culata adaptable de un pequeño fusil o rifle.

La botella era plana. La agitó. Contenía líquido. Líquido que se había derramado en tierra. Y en sus propias ropas también. La camisa, la chaqueta, le olían a *whisky* barato. El juego estaba bien

ideado. El alcohólico que vuelve a su vicio…

En la distancia, un sonido enervante le crispó los nervios. De súbito, entendió bien la trampa en que estaba metido. La sirena de un coche-patrulla se aproximó a la Avenida de los Cedros, donde evidentemente se hallaba.

Todo lo habían medido sus adversarios. Se incorporó. Avanzó unos pasos, apoyándose en la pared. El arma seguía en su mano. La hundió en el bolsillo de su chaqueta liviana, veraniega, que humedecía la sangre con oscuras y grandes manchas. Se taponaba el orificio de bala con la mano.

Poco a poco sus ojos se habituaban a la oscuridad. Estaba en el *hall* de la casa donde se había metido anteriormente. La puerta, cerrada ante él, era la razón de las profundas tinieblas en que le dejaron. Cuando llegase la policía le encontrarían herido, con el arma que disparó sin duda la bala, y apestando a *whisky*. Eso, en un exalcohólico, era razón suficiente. Más que sobrada para acusarle de dispararse sobre sí mismo, de estar embriagado. Sin duda debieron echar también licor en sus labios, porque sintió, al humedecérselos con la punta de la lengua, que sabían fuertemente a alcohol. Ello le provocó náuseas, como a todo beodo curado de su vicio. Pero esa repugnancia, esa fobia al licor alcohólico, no convencería a nadie.

Pegado a la pared, se movió hacia la puerta. La sirena del coche-patrulla sonaba más y más cerca. Había sido un estúpido cayendo en la trampa. El asesino de la francesa había sido el destinatario de la segunda muñeca. Y posiblemente ahora iba en busca de la tercera. Que sólo él sabría dónde estaba. Pero el asesino había hecho algo más. Le esperó, emboscado, y tiró sobre él, cuando le vio fácil blanco.

No quería caer en manos de la policía. Valverde no creería en él. E incluso podrían acusarle de atacar a la joven Ivonne. Y no tendría pruebas que demostrasen lo contrario. Valverde le encarcelaría, impidiendo así que pudiera seguir adelante. Tenía que impedirlo. Tenía que evitar que la policía de Puerto Caribe le inmovilizara. Ahora casi era una venganza personal, una cuestión entre él y un misterioso criminal, emboscado en la sombra, que había hecho de Puerto Caribe escenario siniestro de su acción homicida, y de él víctima propiciatoria. No admitía enemigos, y sabía deshacerse de

ellos. Sólo que Dick Travers era más difícil de vencer de lo que el misterioso personaje pensaba.

Corrió a través de la casa en dirección contraria a la salida. Aquellas rendijas o *cottages*, tenían habitualmente una puerta de servicio en las cocinas. Ésta no fue una excepción.

La encontró en la parte trasera del edificio, exactamente en las cocinas. Era de cristales, con red metálica protectora. Estaba ajustaba con un pestillo y llave. No dio con la llave. Pero quebró a golpes de pistola la cerradura, y salió al patio o jardincillo posterior.

El pecho le dolía. La herida estaba abriéndose y fluía sangre de nuevo. Angustiado, se detuvo. Aplicó al boquete tiras de su propia camisa, rasgadas a jirones con vertiginosa rapidez. Luego siguió adelante. Caminó por entre los chalets y residencias, en un suelo de espesa y verde hierba. La sirena de la patrulla policial sonaba muy cerca. Pronto estarían en la casa donde él recibió el balazo del misterioso asesino.



Parpadeó, deslumbrado. Luego sintió el balazo...

Avanzó lo más aprisa que le fue posible. La bala no debió tocarle ningún punto vital. Acaso se alojó en alguna costilla. Pero tenía el metal dentro del cuerpo. Había perdido mucha sangre y el dolor era intensísimo.

Logró adentrarse entre dos cercas que dejaban un paso angosto,

un sendero aprisionado entre dos fincas, de alta hierba y tal estrechez, que resultaría muy difícil localizarle.

Las sirenas policiales de la brigada volante de Puerto Caribe se detuvieron ante la vivienda que acababa de abandonar. Se preguntó si investigarían mucho al ver las manchas de sangre. Pensarían que un cadáver había sido retirado. Después de todo, la persona que disparó sobre él al salir, cuidó luego de arrastrarle dentro, derramar el licor sobre él, dejar la pistola —seguramente con sus huellas bien impresas, tras desatornillarla de la culata postiza que utilizó para afinar más su puntería a distancia—, y cerrar la puerta. Solamente su providencial retorno a la consciencia le había librado de peor suerte.

Durante un largo rato escuchó el ir y venir de los agentes dentro de la casa, sus voces y portazos. Se mantuvo rígido, angustiado, entre las cercas de los dos edificios. Su mirada fue a una cuerda que colgaba tras una de las vallas. Allí, alguien había colgado ropas lavadas. Prendas interiores, camisas, una sahariana color crema, de ligero tejido. No parecía haber nadie en la residencia, o al estruendo de los policías en la cercana finca hubieran asomado curiosamente. El calor secaba rápidamente las prendas en el trópico.

Resueltamente, avanzó. Después de todo, los policías buscarían un cadáver. O a un hombre herido, ensangrentado. Él estaba herido, sí. Pero todo dependía, para salir de tan difícil situación, de que se pudiera proveer de nuevas armas, que fuera capaz de alejarse de allí, de poderse poner una inyección para soportar la herida y la posterior hemorragia.

Sus manchas de sangre en las ropas serían más reveladoras que su palidez, que sus pasos vacilantes e inseguros. No podía vencer fácilmente su debilitamiento y su dolor físico, pero sí podía cambiar sus ropas. O intentarlo, al menos, jugándose el todo por el todo.

Había sido relativamente fácil. Una vez vestido con una sahariana sin sangre, con una camisa limpia y sin jirones arrancados para taponar su herida del pecho —bajo la tetilla, un poco al costado, lo bastante para que las costillas desviaran el proyectil, impidiendo un choque más trágico—, salir del lugar, incluso de la zona, no costó mucho.

Detrás, quedó la policía, el chalet del supuesto Roger Denning, el sitio donde solamente encontró una muñeca decapitada, como

único rastro de un asesino, de un criminal que ya había matado tres veces. Y que mataría cuantas fuera preciso para evitar que él o la policía dieran con el enigma de las tres muñecas.

El rastro de dos muñecas había terminado: uno, en un cadáver, el de Ivonne Marcel; otro, en una casa vacía, una muñeca decapitada… y una pistola disparada por alguien que no vacilaba en seguir matando y que al ver que vivía, en vez de rematarle pensó en dejarlo, indefenso, en manos de la policía. Sólo que el juego había fallado también.

Ahora la casa estaba ya lejos. Volvía al centro de la ciudad, en un autobús de línea. Iba tranquilo, sereno, a pesar de que su debilidad crecía por momentos, a pesar de que la herida dolía más y más…

Quería luchar, intentar desesperadamente algo para dar con el culpable de todo lo que estaba sucediendo en Puerto Caribe desde su llegada… y que por fuerza tenía que tener raíces muy anteriores. Por fuerza había de ser cosa lejana, más profunda de lo que parecía.

Una teoría daba vueltas en su mente. Acaso fuera disparatada, grotesca, pero quería confirmarla. Solamente entonces, si el resultado era negativo, estaría total, plenamente seguro de que andaba erróneamente orientado.

Antes de todo ello, sin embargo, era preciso intentar algo. Necesitaba, de cualquier modo, ENCONTRAR LA TERCERA MUÑECA…

Y eso solamente una persona podía decírselo. Solamente una persona, estaba bien seguro: Irene Valdés, la madre de la pequeña Ana, su amiguita «Zafiro».

Descendió en una parada cercana a Montecristo. Un vendedor de periódicos voceaba la Prensa del día. Dick se detuvo, adquirió un ejemplar. Era la última edición de *El Noticiero* local. Se lo llevó a los ojos.

En el acto sintió un vivo escalofrío sacudiéndole de pies a cabeza. El titular de gruesos caracteres era claro:

> *«Una bella francesa asesinada. Se busca a un norteamericano alcohólico, presunto autor del crimen. ¿Dónde está Dick Travers, el sospechoso?».*

—Márchese de aquí enseguida, señor Travers. Y de gracias que no avise a la policía de su presencia en mi casa.

Dick contempló fijamente a la mujer. Luego apretó los labios duramente. Cada vez resultaba más difícil sostenerse firmemente en pie, con aquella maldita herida, cuyo estado se agravaba por momentos.

Ella estaba en pie en el porche de la casa. Hacía poco que había vuelto del bazar. Dick la vio llegar, emboscado en la oscuridad del barrio de Montecristo. Ella salió a comprar algo a la tienda vecina y regresó. Luego, Dick acudió a la casa. Y acababa de comprobar que Irene Valdés, la bella madre de Ana, ya sabía, como todo el mundo, la acusación de culpabilidad que pesaba sobre Travers.

A pesar de ello, se mantuvo firme todavía, ante la puerta abierta y el gesto de temor de la muchacha.

Cuando habló, su tono era duro, seco y tajante:

—Señora Valdés, quiero que sepa algo. Ivonne Marcel fue asesinada por alguien que nada tiene que ver conmigo. ¿Sabe por qué la mataron? Por tener una de esas bellas muñecas que ustedes vendieron.

—¡Eso es absurdo! No me interesan sus fantasías, señor Travers, de modo que puede usted…

—Espere aún. —Plantó el pie contra la puerta, evitando que ella cerrara. Leyó el creciente terror en los ojos de Irene Valdés—. Le diré algo más. Otra muñeca, enviada a una residencia que se dice ocupaba Roger Denning y que encargó una mujer en el bazar De Soto, fue decapitada tras recibirla su destinatario. Y en esa casa dispararon contra mí, para asesinarme. Denning no pudo hacer ese encargo jamás… porque ya había muerto al ser hecho. Cuando hallemos a la persona que lo encargó, sabremos quién mató a la señora Acosta, a Denning, a Ivonne Marcel… Pero dese cuenta de algo, señora. Esas muñecas SON LA CLAVE. No sé de qué, pero significan algo siniestro, terrible, capaz de costar vidas, y vidas humanas. Dos de las tres últimas muñecas construidas por Konrads han sido localizadas. Falta la tercera. *¡La que usted vendió!* ¡Es preciso saber quién la compró!

—¿Por qué es preciso, señor Travers? —le desafió ella, irritada, tabaleando nerviosa su mano izquierda sobre la puerta—. ¿Qué quiere decir con eso?

—Esas muñecas significan ahora vivir… o MORIR. Falta una tercera muñeca. Usted la vendió. Hablé, señora Valdés. Diga quién la adquirió… y acaso salvemos aún una vida humana. *¡La de la persona que tiene en sus manos esa muñeca!*

Algo, en el rostro de Irene, provocó una inquietud creciente en Dick. Ella se había puesto tensa, rígida de súbito. Una palidez extraña se apoderó del bonito rostro femenino, una crispación de su mano sobre la puerta, hizo que sus uñas arañaran el esmalte azul de ésta.

—No, no sé… No puedo recordar… —Quiso hablar serenamente y no le fue posible. Tartamudeó vaciló al pronunciar las palabras—. Por favor, váyase… o tendré que avisar a la policía, señor Travers.

—¡Espere! —La voz de Dick era tensa, febril ahora. Sus ojos expresaron viva inquietud y bajo el impacto de su tono, ella se encogió, como asustado por algo que no quería admitir—. Señora Valdés, usted… *¿usted no estará ocultándose que compró usted misma la muñeca y su hija es la que la tiene en su poder?*

No necesitó afirmar ni negar la bella joven. Su estremecimiento, la angustia, el repentino terror de los ojos femeninos al dilatarse, le dijeron más que ninguna palabra.

Le dio un empellón, penetró en la casa sin vacilar, arrollándolo todo. Irene ni siquiera resistió a su intento. Se hizo a un lado, gimiendo algo entre dientes, corrió con él hacia el fondo de la vivienda, balbuciendo cosas ininteligibles.

Dick Travers cruzó la casa como una exhalación, sin encontrar a nadie. Se detuvo en medio de un corredor, tras mirar varias habitaciones. Volvióse a ella.

—¿Dónde está su hija? Porque es ella la que tiene la muñeca, ¿no es cierto?

—Sí —musitó, apenas audible, la voz rota de Irene Valdés.

—¡Dios mío! ¿Dónde está la niña? ¿Dónde?

—Atrás, en el *living* —señaló al fondo de la casa—. Siempre está allí, con sus juguetes, al volver del colegio.

Dick avanzó velozmente por el corredor, llegó al fondo, abrió la puerta que le señalaba Irene. Se encontró en una salita llena de juguetes, y cuyos muros decoraban dibujos infantiles.

Pero la niña no estaba allí. La mirada de Dick corrió rápida por encima de todos los detalles de la estancia. No sólo no vio a Ana, su

pequeña amiga «Zafiro». ¡Tampoco estaba la muñeca adquirida en secreto por Irene, para su propia hija!

La mirada de Dick se clavó en el conejito de trapo, con el tambor. Estaba olvidado sobre un sofá. Era natural. Al lado de la muñeca árabe, resultaba un juguete tonto para una niña de la imaginación de Ana.

—¡Dios mío! —susurró ella—. Habrá subido a su alcoba. ¡Ana! ¡Ana!

Siguió llamando. Dick no le hizo caso. Pálido, tembloroso, pasó junto a ella, corrió hacia la parte posterior de la casa. Su temor resultó cierto. Vio la puerta posterior de la casa, asomada a un porche. Más allá, un descampado oscuro.

La puerta estaba abierta.

Dick avanzó. Se asomó. Encendió una luz del porche. Unas pisadas, en la tierra blanda, mojada, unas pequeñas pisadas infantiles, se alejaban hacia el exterior, hacia la noche…

—¡Se ha ido! —rugió, volviéndose—. ¡Ha salido de casa SOLA!

Irene Valdés estaba mortalmente pálida, estremecida de terror. No sólo por la voz alarmada de Dick. Tenía algo en la mano. Algo recogido de una repisa. Travers avanzó hacia ella como una flecha, le arrancó el papel que estaba leyendo. Mientras Irene estallaba en sollozos, su mirada se fijó en el texto escrito con lápiz, en una letra tosca, desigual, infantil, plagada de faltas ortográficas.

> «Mamá, llamó por teléfono la mamá de Rosita. Voy a verla. Está malita. Vuelvo enseguida. Me llevo a mi amiguita».

—¡Cielos! —Roncamente, Dick silabeó las palabras, alzando la cabeza—. ¿Quién es Rosita? ¿Dónde vive?

—Enfrente, al otro lado del camino —señaló hacia el exterior por la puerta trasera—. Su «amiguita» es la muñeca. Debieron telefonear cuando yo salí hace un momento a la tienda vecina y se fue sin esperarme. Lo hace a veces.

—¿Tiene teléfono? —preguntó Dick.

—Sí.

—¿Y la familia de esa niña, Rosita?

—También.

—¡Pronto, llame allí! Tengo… *Tengo miedo.*

Irene Valdés corrió al teléfono. Había uno en el gabinete de jugar la niña. Lo descolgó, marcó el número. Esperaron, tensos. Luego, Irene inquirió:

—¿Es usted, Rosa? ¿Está su hija Rosita? ¿Está enferma, tal vez? —El horror, la angustia, se reflejaron vivamente en su rostro. Dick no necesitaba oír las respuestas al otro extremo del hilo. La faz de Irene le revelaba cuánto decían por el auricular—. ¡Dios mío! ¿No? ¿Y no llamó usted a mi hija hace unos momentos? ¿No ha ido Ana, mi pequeña, con ustedes?

El teléfono cayó de las manos de Irene. Luego fue ella la que rodó por tierra, tras un leve, ronco grito de terror. Dick corrió a ella y la tomó en sus brazos.

Una mirada durísima, terrible, reflejaba la angustia del joven. Sentía vibrar todo su ser, ni siquiera recordaba ya la bala alojada dentro del torso.

Ahora solamente había un objetivo, algo urgente, apremiante que hacer. Algo que significaba la diferencia entre la vida y la muerte de una criatura: ¡Era preciso encontrar a «Zafiro»!

Pero ¿encontraría a la niña viva o muerta? La muñeca que llevaba consigo representaba la muerte, si el asesino daba con ella. Y evidentemente, sólo el asesino pudo fingir la llamada, para atraerla a una trampa mortal y escalofriante.

CAPÍTULO IX

¡TERROR!

Los recuerdos dejaron de agolparse en la mente de Dick Travers. Siguió adelante, en su alucinante carrera por las calles de Puerto Caribe.

«Zafiro» no aparecía. Acaso era ya tarde. Demasiado tarde para todo. Una angustia creciente y atroz y el dolor de su herida, mal taponada, que volvía a sangrar, como había advertido antes, hacían casi imposible continuar la búsqueda. «Zafiro» no aparecía. Ningún hada buena podría librarla ahora del terrible mal en cuyas redes debió caer inocentemente.

Miró en derredor, enjugándose el sudor y conteniendo la tos espasmódica que le sacudía. La camisa estaba empapada de sangre, las piernas le flaqueaban. Sólo el deseo firme, intenso, de hallar a «Zafiro», le mantenía en pie. Y aquella madre inconsciente hasta entonces del trágico peligro que acechara a su hija desde el instante de poseer la muñeca siniestra. Irene era una de las razones por la que luchaba contra su propia naturaleza, casi vencida por el dolor físico. La otra era la pequeña amiguita, la niña entrañable, la dulce Ana… Dios sabe en qué garras criminales aferrada ahora. La matarían una vez obtenida la muñeca, para no dejar testigos comprometedores. Y eso era lo que quería evitar Dick a toda costa… si aún era tiempo.

Qué tal vez no lo era ya.

Irene iba por su lado, buscando a la niña. Acaso habría apelado ya a la policía. Pero él mismo era también perseguido. Él sería cazado, si los policías daban con él y se perdería una posibilidad de salvar a Ana.

Siguió adelante, dejó atrás las calles oscuras y sucias de

Montecristo. Se vio de nuevo frente a la vivienda de Ana, desierta y silenciosa ahora. Más lejos, el edificio, torvo y extraño, como un esqueleto de acero de las manufacturas metálicas en construcción.

Desalentado, se detuvo. Sintió que sus escasas esperanzas se hundían, que su moral se eclipsaba por momentos.

No había esperanzas… ¡NO HABÍA ESPERANZAS! ¿Dónde estaría «Zafiro» ahora?

Entonces oyó el grito. Un agudo grito de terror, de muerte…

¡El grito de una niña ante la Muerte!

—Usted no me lleva a casa de Rosita, señora.

—Claro que no, pequeña —sonrió la mujer—. Rosita se puso muy malita y la hemos llevado aquí cerca, a casa de un doctor. Vamos allí ahora.

—No, yo no quiero ir a casa del doctor —gimió Ana—. El doctor me hace daño cuando estoy malita. No quiero ir allí, señora. No iré.

—Claro que irás, pequeña —suspiró la mujer—. Dame la muñeca, yo te la llevaré, para que no te canses.

—No. La llevo yo —Zafiro apretó más contra sí a la graciosa odalisca—. Mamá me ha traído la muñeca. Es del Hada Azul, la amiga de Dick. No se la doy a nadie.

—Si no la quiero para mí. Es sólo para ayudarte —insistió la mujer, que había salido de las sombras, entre su casa y la de Rosita, tomándola de la mano y diciendo que Rosita la enviaba para acompañarla adonde estaba ahora—. Vamos, dámela.

—¡No! —Sostuvo rotundamente la niña. Y con la obstinación de la infancia, añadió—: Quiero volver a casa. Lléveme a mi casa, señora.

—Ahora verás a Rosita. Luego te llevaré a casa —dijo firmemente la mujer, tirando de ella.

Ana se puso a llorar. Irritada, la mujer cubrió su boca con una mano. Ana luchó por desasirse y gritar más. La mujer entonces perdió la paciencia. Le soltó un golpe al rostro.

Fue muy fuerte. La niña, con un gemido, rodó por el suelo, su cabeza golpeó en las piedras. Quedó inconsciente. La mujer la estudió fríamente. Luego alzó la cabeza. Ante ella, la estructura metálica del edificio en construcción era como un helado esqueleto de acero, erguido en la noche.

Sonrió siniestramente, mientras se inclinaba, y sus manos,

enguantadas de blanco, arrancaban la muñeca de brazos de la niña. Comprobó que el golpe que la dejó inconsciente en las piedras, no la había matado.

Cargó con Ana y avanzó hacia la casa en construcción. Una luz diabólica llameaba en el fondo de las pupilas de la persona que acompañaba a la niña.

Ana volvió en sí.

Una densa oscuridad envolvía a la niña. Un sonido metálico, extraño y monocorde, acompañaba a su marcha, en brazos de alguien. Parecía subir, subir a alguna parte.

Vio cerca de ella a su muñeca. Iba bajo el brazo de la persona que la llevaba a alguna parte ahora, en las alturas. Allá lejos, la luz de unos faros de automóvil fue reflejada por unas traviesas de acero, un auténtico esqueleto gigantesco de metal, por el que subía ahora ella, en brazos de la persona que la llevaba.

Ana quiso recuperar su muñeca. El peligro lo desconocía. No podía temer nada, a pesar de que un miedo instintivo se apoderaba de ella al verse tan alta. Pero ante todo, quería su muñeca. Y súbitamente, tiró de ella.

El tirón fue tan imprevisto que la alcanzó, sacándola de la axila de su portadora. La mujer gritó roncamente al advertirlo:

—¡Maldita mocosa, suelta eso! ¡Dámelo, necia!

Su voz era dura, siniestra.

Ana no se la dio. Forcejeó por escapar de los brazos de la mujer. Ésta, sosteniéndose precariamente en las traviesas de acero del armazón metálico de la finca, juró obscenamente y luchó más aún por evitar la fuga de Ana en las alturas.

Pero la niña era muy ágil y la poseía un vivo afán de escabullirse. Además, su inconsciencia infantil hacia el resto. No advertía el peligro del lugar. Sólo su terror a la persona que la llevaba consigo.

Logró escapar de las manos de la mujer, poner sus pies menudos en la traviesa de acero, ancha para ella y estrecha para la mujer. Asustada, la niña descubrió entonces dónde estaba. Vio el vacío bajo sus pies. Negro y hondo vacío.

Chilló. Chilló con viva angustia, corriendo suicidamente por la estrecha franja metálica, a muchos metros sobre el suelo. Un fallo, un patinazo de sus piececitos sería la muerte.

Y llevaba consigo la muñeca, apretada contra su pecho, como el botín de un triunfo que no era tal, sino un desafío constante a la muerte. La mujer, jurando rabiosamente, corría en pos de ella, lanzada sobre las traviesas y vigas de metal.

Ana sentía un terror creciente. Se volvió una vez y el gesto horrible de la mujer, a la luz roja de una lámpara de situación en el laberinto de traviesas de metal, le arrancó otro grito, más vivo y escalofriante a su garganta infantil.

Sus manitas, ateridas por el miedo, se hicieron resbaladizas, insensibles… y la muñeca escapó.

Saltó de traviesa en traviesa, engullida por la noche. Cayó abajo, rebotando de sitio en sitio. La niña se detuvo, angustiada. Su perseguidora aulló, furiosa:

—¡Maldita imbécil! ¡Has dejado caer la muñeca! ¡Te mataré! ¡Te mataré por eso!

Y corrió en pos de ella con mayor furia. La niña también llena de terror.

Abajo, al pie del tinglado metálico que iba a ser escenario del drama, un hombre llegó a la carrera, se agachó y cerró su mano en torno a la muñeca caída, rota sobre las piedras.

Vio lo que contenía su cabeza. Y entonces tuvo la solución ante sí.

Pero algo más importante aún que la solución misma del enigma estaba en juego. El grito de Ana denotaba angustia, terror a la muerte… allá en las alturas.

Dick alzó la cabeza. Gritó aguda, intensamente:

—¡Ana! ¡Ana! ¡No temas, yo estoy aquí!

—¡Dick! —respondió la vocecita infantil, débil y distante en el armazón vertical de acero—. ¡Dick, sálvame! ¡Ella va a matarme! ¡Sálvame!

Dick apretó los dientes. Corrió hacia la escalera a medio construir, que llevaba al entramado de vigas metálicas, extrayendo la pistola que dejaron junto a él en la casa de la avenida de los Cedros.

Gritó, empezando a ascender:

—¡No temas, Ana! ¡Ya voy!

Al mismo tiempo, disparó un tiro al aire.

Arriba, Ana se había detenido, para gritar a Dick, su amigo que

venía a salvarla, como un providencial enviado del Hada Azul. Su perseguidora trató entonces de aferrarla.

Los nervios fallaban ya en la perseguidora. La voz de Travers abajo la había desconcertado. Ahora sabía que luchaba a la desesperada, con un mínimo de posibilidades de salir con bien de aquello.

—¡Maldita niña! —gritó, con voz desfigurada por el odio, saltando hacia ella, segura ya de apresarla.

Entonces, Ana saltó. Cayó al vacío la niña. La negrura la engulló, pero sólo para quedar colgando de una traviesa, con sus manitas aferradas al borde metálico.

La mujer no tuvo tanta suerte. Al correr Ana y caer al vacío, ella perdió el pie, falló en su esfuerzo supremo por mantenerse en pie en el estrecho borde metálico.

Un grito horrible acogió su zambullida en el vacío. Ella no tuvo la suerte o la protección divina de la niña. Y su cuerpo, dando escalofriantes rebotes de viga en viga, fue engullido por la noche.

Cuando llegó abajo, no era sino un pelele destrozado, roto, sin vida…

Ana sollozaba, colgada del vacío, gritaba pidiendo socorro a su amigo Dick. Y sus manitas ateridas por el miedo, se debilitaban por momentos.

—¡Sujétate! —gritó angustiado Dick, que había advertido el horror, impotente para evitarlo—. ¡Sujétate, «Zafiro»! ¡Ya estoy aquí, y el Hada Azul esta contigo sujetándote a las traviesas!

Acaso algo sobrenatural hubo ciertamente en su sujeción sobre el vacío mortal. Porque la niña soportó la dura prueba. Sus pobres fuerzas resistieron aquella suspensión atroz en el vacío, mientras las gentes, atraídas por el disparo de Travers, acudían al lugar del suceso desde diversos puntos. Y entretanto. Dick, como un ciclón, subía entre las traviesas, suicidamente llegaba a la niña y muy a tiempo, sus manos fuertes se cerraban en torno a las de la niña.

Ana se soltó. Pero colgó del vacío, firmemente sujeta por un hombre que sacaba fuerzas de flaqueza, pese a su herida, y titánicamente tiraba hacia sí de Ana, en el precario sendero de metal, salvándola de las mismas zarpas de la muerte.

La niña se aferró a él, sollozando y cubriéndole de besos. Dick sentíase muy mal en aquellos momentos. Pero el afecto, la ternura

de la niña, le compensó de todo.

—Salvada —musitó, apretándola entrañablemente contra sí—. Salvada, mi pequeña «Zafiro».

Luego comenzó a descender con ella en los brazos, oprimiéndola contra sí, como lo más querido y entrañable que podía encontrar en el mundo.

CAPÍTULO X

… Y FINAL

—Pudo haber muerto mil veces, con esa herida en el pecho y recorriendo la ciudad en pos del peligro, Travers —gruñó Valverde, irritado—. ¡Maldita sea! ¿Es que usted, siendo tan listo, no comprendió que lo que yo pretendía era apartar de usted el peligro y dedicarme por entero a buscar al asesino?

—Yo no podía saber eso, comisario —sonrió débilmente Dick, desde su lecho de convalecencia—. La Prensa me presentaba como sospechoso de asesinato.

—Quería confiar al culpable. Pero lo cierto es que sin usted jamás lo hubiera cazado a tiempo. Ni la pequeña Ana Valdés estaría con vida ahora —Valverde respiró hondo—. Es usted un demonio, Travers. ¿Cómo descubrió la verdad de este endiablado asunto, aun sin la colaboración oficial de la policía?

—Era muy difícil el caso, ciertamente. Pero empecé a sospechar algo cuando me atacaron en el callejón del tranvía descendente y causé la muerte del rufián, sin desearlo, precisamente cuando iban a matarme a mí.

—La pandilla del tal Ricardo cayó toda en nuestras manos —refirió Valverde—. Van a pasarlo mal. Espero que eso le consuele, en parte.

—Por supuesto. Pero Ricardo y los demás eran pájaros de poca monta, gente de segunda fila, sin importancia real en los planes de nuestro misterioso asesino.

—¿Y esos planes…?

—Esos planes eran, ante todo, deshacerse de mí en cuanto empecé a hacerme demasiado pegajoso. Seguía la pista de Roger Denning, y eso era peligroso. Muy peligroso. Observará que mis

calamidades empezaron precisamente cuando investigué en casa de los Denning. A partir de allí estaba sentenciado, porque me aproximaba demasiado al motivo de todo esto: Denning… y las muñecas. El culpable había obrado hábilmente, llevándose el cadáver de Denning en un coche, después de matarle en la casa en construcción de Montecristo. El cadáver se lanzó por la escalera. Había estado conservado, de forma que conservara una temperatura determinada el cuerpo, hasta fingir la caída. Se contó con la escasa vista de Konrads, la floja iluminación de la escalera y lo imprevisto del accidente, para crear la falsa impresión de la caída de un cuerpo ya muerto… empujado desde la zona oscura de aquel rellano. Así, Roger Denning dejaba de ser relacionado con crimen alguno, cuando en realidad la persona que le siguió a la casa en construcción le había matado allí, fracturándole el cráneo de un golpe, y cargando con él en un coche, le trasladó para fingir el accidente. Si bien olvidó el alfiler de corbata, y eso le fue fatal al hallarlo yo. La declaración de la amnésica señora Acosta cobraba su valor entonces. La señora Acosta se había ido a reunir con Roger en la casa en construcción. Lo que encontró fue un cadáver. Y cuando el asesino de Denning iba a matar también a la señora Acosta y la golpeó, se trastornó ante el cuerpo del muerto, y el «*shock*» y las heridas le provocaron la pérdida de memoria. Eso la salvó. El asesino la vigilaba. Prefirió dejar que siguiera viva. La gente la tomaría por loca. Pero luego debió enterarse, por algún documento hallado encima de Denning, de la realidad.

—Y esa realidad era la que yo le referí antes, ¿no, Travers? —intervino el comisario.

—Eso es. Esa realidad era que Roger Denning *se había casado en secreto con la señora Acosta*. Pero no le interesaba revelarlo, y le pidió a ella que nada dijera a nadie, ni siquiera a su familia. La señora Acosta, ahora señora Denning, no lo reveló, y se portó como una eficaz colaboradora de Denning en Puerto Caribe.

—¿Colaboradora en qué? —se interesó Irene Valdés, presente en la entrevista, en la alcoba de Dick Travers en la Clínica Nacional de la ciudad.

—Colaboradora en su tarea secreta. Roger Denning era, en realidad, agente especial del servicio secreto y de Seguridad de los Estados Unidos. Recientemente, se había sabido que un movimiento

intenso, de subversión en todos los países centroamericanos iba a tener lugar, y se desplazó aquí para investigar. Puerto Caribe era uno de los objetivos de ese movimiento político, capaz de provocar varias guerras civiles en el Continente americano, y de costar muchas vidas. El Servicio Secreto envió, pues, a Roger Denning como agente especial. Denning cumplía su labor en Puerto Caribe, tratando de averiguar la forma en que los agentes enemigos, infiltrados en toda esta zona, repartían y recibían las órdenes de su Mando supremo, mantenido naturalmente en la más absoluta clandestinidad.

—¿Las muñecas? —preguntó la señora Valdés.

—Sí, las muñecas. Dentro de esas muñecas también se pasaban las drogas que servían para embrutecer a muchos lugares de Centroamérica, como parte de la gigantesca operación de captación de ese movimiento revolucionario y total, capaz de crear sangrientos focos en diversas partes del Continente. Y en otras, simples órdenes cifradas, para los agentes dispersos en los varios países elegidos para empezar la operación de revueltas y sublevadores.

—¿Konrads era, pues, el enlace en Puerta Caribe? —interrogó un importante político de Puerto Caribe, presente en la conferencia.

—No, no. Lo gracioso es que Konrads no sabía absolutamente nada de nada. Él recibía material para sus muñecas. Las elaboraba. Y dentro de esas muñecas, sin él saberlo, iba ya la droga o los mensajes. A veces recibía muñecas ya construidas, que él sólo se cuidaba de vestir. En ésas iban ya las drogas o instrucciones para los espías y saboteadores y agitadores de cada lugar, que en Puerto Caribe eran el grupo de agresores que me atacaron en la calleja. Esos agresores, naturalmente, eran dirigidos por el responsable de la muerte de Roger Denning, el cual había llegado muy lejos en la investigación.

—Sí. Y aquí viene lo realmente divertido, Travers —intervino rápidamente el comisario—. ¿Sabía que Denning no fue asesinado por secretos internacionales?

—¡Cielos! —boqueó Dick—. Entonces lo que yo me imaginaba era cierto.

—Si lo que se imaginaba era que Roger Denning poseía una gran fortuna, y que murió sin hacer testamento a nombre de su nueva

esposa, dejándoselo todo a su anterior esposa, de la que estaba divorciada, atinó. Ésa fue la razón de todo esto. Roger Denning, como agente secreto que era, se casó con una funcionaría del Servicio Secreto norteamericano hace años. El matrimonio fue un fracaso y hubo separación.

—Sabía todo eso, comisario. No añada más —cortó Dick Travers, agitando una mano—. Puedo adivinar fácilmente el resto. Y la exesposa de Travers, buscando asegurar esa fortuna que podía volar en cuanto Roger se casara, buscó la forma de perseguirle, de ir adonde fuera él. Pero ella trabajaba ya entonces para Servicio Secreto de otro país. De modo que actuaba traicionando a su patria… y frente a frente con su esposo. Esa situación culminó en Puerto Caribe, adonde la potencia que dirigía a los enemigos de Denning —éste investigaba la acción revolucionaria en algunos países centroamericanos, en la que ni el comunismo ni ningún partido conocido intervenía, sino otro interesado en derribar gobiernos y provocar un caos, siempre desde la sombra, y para propio lucro—, la envió, a propio requerimiento de ella, para que vigilase de cerca la remesa de narcóticos, instrucciones y todo eso… y combatiera a su exmarido, que era el agente que, de acuerdo con el Gobierno local, debía reprimir el movimiento de guerras civiles en Centroamérica. Así, ambos se encontraron frente a frente. ¿Voy bien orientado, comisario?

—Perfecto. No lo haría yo mejor, muchacho. Siga.

—Poco más. Simplemente, que la exesposa de Denning estaba donde podía vigilar muy bien a su marido: *junto a él*. Pero ella se había hecho una hábil, eficaz operación de cirugía plástica, y ahora no podía reconocerla añadiendo el disfraz que la atractiva dama llevaba, para aparentar fealdad y carencia de atractivos. Así engañó a Konrads, a su exmarido… y a mí. Su error fue llevarme a la emboscada, dar tiempo a sus esbirros para que intervinieran, entreteniéndome con una charla absurda, en lo que sólo fue cierto que Konrads la había sorprendido manipulando en las muñecas.

—¿Así usted ya sabía…?

—¿Qué era Ingrid Slesar, la auxiliar de Konrads en la fabricación de muñecas? —sonrió Dick—. No era difícil deducirlo, comisario. Ella era el personaje ideal… para sospechar de ella en cuanto se le notase algo raro.

—Un momento —intervino ahora Irene Valdés—. Yo entiendo poco de todo esto, pero quisiera saber qué ocurrió con esas muñecas. Si ella recibía los envíos, si ella los distribuía, dentro de lo que inocentemente disponía Konrads, ¿por qué ese afán de obtener la muñecas, por qué matar por ellas?

—Muy sencillo. Otra de las verdades que Ingrid Slesar me refirió en el café donde entramos antes del ataque sufrido por mí, fue que Konrads la halló manipulando y se enfureció. Ella manipulaba porque había oído a la señora Acosta pedir aquellas muñecas con una insistencia sospechosa. Seguramente pensó que el juego estaba descubierto. Tuvo miedo. Pidió instrucciones a sus jefes del extranjero y la orden debió ser, recoger las muñecas para evitar el desastre, ya que la Acosta le reveló a Ingrid que era la esposa, en secreto, de Roger Denning. Se casaron aquí, y ella trabajaba para Denning. Por tanto, era preciso destruir las muñecas antes de que los nombres de nuevas células revolucionarias fuesen hallados en los mensajes cifrados de una de las muñecas, la más importante de todas, destinada a uno de los agentes en Puerto Caribe.

»Ingrid Slesar, entonces, mezcló sus propias ambiciones con su misión, y esto la perdió. Para deshacerse de Denning, era preciso también acabar con la Acosta, y ella, como esposa legal, heredaría la fortuna de su nuevo marido. De modo que acabó con los dos. A Denning lo llevó a casa, cargó con él, ayudada sin duda por sus hombres, en ausencia de Konrads, y tiró el cuerpo, empujándolo desde la sombra, cuando salió Konrads. Así había un testigo del accidente, que evitaría algunas complicaciones e investigaciones inoportunas de la policía local. Al menos, de momento. Ya era ella heredera de la fortuna de Denning en los Estados Unidos. Y cuando Ingrid Slesar desapareciese, nadie la relacionaría con la esposa de Denning, beneficiaría de su fortuna. Mi intervención la desconcertó, irritó… y asustó.

»Y comenzaron los errores. Además, la Providencia medió en el juego y las muñecas se vendieron antes de tiempo, Los agentes se quedaron sin su conducto de instrucciones y de drogas. Hubo terror, desconcierto. Luego, fueron localizando a los compradores que se les habían anticipado. Ya sabemos que la Slesar trató de extraer el secreto de las muñecas, y al ser sorprendida por Konrads, que se enfureció, hubo de renunciar a ello. Esas muñecas fueron al bazar

donde esperaba recuperarlas fácilmente. No pensó en la negligencia de una empleada, que no atendió los encargos habituales, ni de otra, Irene Valdés, que fingió vender una que se quedó para sí. Sólo quedaba una, que hizo enviar al chalet que tenía alquilado a nombre de Denning. Esto me hizo comprender que era su propia esposa. Se anticiparon a Roger, gracias a la muerte de éste. Pero dos muñecas peligrosas corrían aún por ahí. Localizaron a Ivonne Marcel, asesinándola para robarle su muñeca. Estaban como desesperados, obraban alocadamente ya. Faltaba la tercera muñeca para borrar sus huellas definitivamente. La más peligrosa, la que poseía la lista en clave de agentes emplazados en Centroamérica, para la red de revoluciones movida desde el exterior.

—¿Y esa muñeca era la de mi hija? —suspiró Irene.

—Eso es. No supo usted que le regalaba un cartucho de dinamita, al encapricharse de aquella bella muñeca, señora Valdés. Dieron con la niña a la desesperada, y trataron de aniquilarla para que no hablase de la muñeca. A mí me habían seguido desde la casa de Ivonne. Dispararon sobre mí al salir de la residencia de la señora Denning —la antigua señora Denning, claro está—, y luego dispusieron todo para que me arrestaran. Yo me escabullí, creyendo que el comisario Valverde andaba más desorientado de lo que era realmente. Comprendí que la tercera muñeca debía de estar en sus manos, Irene, y traté de obtenerla antes de que fuera tarde.

—Y casi es tarde… —musitó con un estremecimiento la bella y joven madre—. Gracias por todo, Travers. Salvó usted a mi hija.

—Recuerde que me enviaba el Hada Azul —sonrió Dick—. No podía dejar a su ahijada «Zafiro» a merced de una horrible bruja.

—Bueno, el asunto terminó —dijo con un suspiro Valverde—. Usted debió trabajar conmigo, en vez de complicarse por su lado. Es peligroso jugar a detectives. Pero le aseguro que usted puede serlo.

—Gracias. No quería serlo. Únicamente vine a Puerto Caribe a reposar, a olvidar mi viejo vicio vencido, el alcoholismo. A punto estuve de emborracharme, para soportar tantas adversidades.

—Bien. Y ahora, ¿qué va a hacer? ¿Quedarse a disfrutar de unas auténticas vacaciones o volver a su país?

—Creo que me quedaré algún tiempo. He de llevar a «Zafiro» un día de fiesta. Y le compraré una muñeca más hermosa que la que le destrozaron.

—Gracias por todo, Travers. —Impulsivamente, Irene Valdés se incorporó. Inclinóse sobre él. Sus labios gordezuelos y rojos se posaron sobre los de Dick—. El día que se marche, nunca le olvidaremos. No sólo «Zafiro» llorará por su marcha.

—¡Cielos! —Dick la miró, sorprendido. Se tocó la boca y parpadeó, ante la bellísima sonrisa de la joven—. Soy un viejo alcohólico regenerado, y tengo poco que ofrecerle, Irene. Pero sería maravilloso que un día fuese yo el padre de «Zafiro» y usted pudiera dejar esos horribles almacenes para cuidar de la niña, de mí y del hogar de todos nosotros.

—¡Travers! —musitó ella, atónita. Y añadió, temblorosa—: Dick, yo…

Valverde había oído bastante. Sonrió, guiñando un ojo al político local que le acompañaba. Se encaminaron rápidamente a la puerta. Antes de salir, se volvió a ellos. Comentó, irónico:

—Puerto Caribe es magnífico para una feliz luna de miel.

Luego cerró la puerta. Los dos hombres se quedaron en el corredor. El político, traviesamente, miró por la cerradura, tras una leve pausa.

—¿Qué hay? —indagó con interés el comisario.

El otro se incorporó, algo avergonzado. Luego, rió malicioso.

—Se están besando —dijo—. Vamos, comisario. Creo que aquí empezamos a estorbar.

FIN

BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

PRECIO: 7 PTAS.

COLECCION "PIMPINELA"
747 — Matilde Redón
EL HOMBRE DEL CASTILLO

COLEC. "MADREPERLA"
643 — Carlos de Santander
LA NOVIA DEL OTRO

COLECCION "ROSAURA"
587 — Jesús Navarro
FIEBRE TROPICAL

COLECCION "AMAPOLA"
474 — Eulalia D'Elattré
POKER DE REINAS

COLECCION "ALONDRA"
408 — María Morgan
CADENAS DE FUEGO

COLECCION "CAMELIA"
349 — Petruca Montero
NIEVE ETERNA

COLECCION "CORAL"
185 — Corín Tellado
YA ES TARDE PARA AMAR

PRECIO: 6 PTAS.

COLECCION "BISONTE"
688 — Orland Garr
DIAS DE OPRESION

Col. "SERVICIO SECRETO"
552 — Donald Curtis
MUÑECAS SINIESTRAS

COLECCION "BUFALO"
385 — M. Lafuente Estefanía
CERCA DE LA FRONTERA

COLECCION "TEXAS"
253 — A. Rolcest
SONRISA COLT

COLECCION "CALIFORNIA"
232 — M. Lafuente Estefanía
LA JUSTICIA DE UN GOBERNADOR

COLECCION "COLORADO"
177 — Keith Luger
LA ORDEN FUE: ¡MATAR!

COLECCION "KANSAS"
143 — Meadow Castle
PASTOS MALDITOS

Col. "HEROES DEL OESTE"
125 — M. Lafuente Estefanía
VENGADORES

COL. "ASES DEL OESTE"
95 — Sam Fletcher
AMIGO DEL PELIGRO

COLEC. "BRAVO OESTE"
7 — M. Lafuente Estefanía
EL BAILE DE LA MUERTE

FIRMAS QUE REPRESENTAN A
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
EN LOS PAISES QUE SE CITAN

REPUBLICA ARGENTINA: Editorial Bruguera, S. R. L. Hipólito Yrigoyen, 646/50 - BUENOS AIRES.

COLOMBIA: Editorial Bruguera Colombiana, Ltda. Carrera 6.ª núm. 13-78 - BOGOTA.

COSTA RICA: Carlos Valerín Sáenz y Co. Ltda. - Apartado 1.924 - SAN JOSE.

CUBA: Distribuidora Antillana de Librería - Someruelos, 57 LA HABANA.

CHILE: Distribuidora Rutas, Ltda. - Galería Imperio, 255-B SANTIAGO.

DOMINICANA: Librería Amengual - El Conde, 40 - CIUDAD TRUJILLO.

ECUADOR: Librería Selecciones, S. A. Benalcázar,, 543 y Sucre - QUITO. Librería Selecciones, S. A. - Aguirre, 717 y Bocayá - GUAYAQUIL.

GUATEMALA: Gilberto Morales - 12 Calle número 5-42 GUATEMALA.

MEXICO: Editorial Iztaccihuatl, S. A. - Avda. Uruguay, 17 MEXICO.

PANAMA: Servicio Continental de Publicaciones, 29 Este, número 5-51 - PANAMA.

PARAGUAY: Adolfo N. Buzó - Estrella, 138 - LA ASUNCION.

PERU: Víctor Rosas Ramírez - Mercaderes, 450 - LIMA.

PUERTO RICO: Matías Photo Shop - 200 Fortaleza St. - SAN JUAN. (Para bolsilibros).

SALVADOR: Abelardo García Gandía - 15.ª Calle Oriente 243 - SAN SALVADOR.

URUGUAY: Adolfo Domínguez - Paraguay, 1.485 - MONTEVIDEO.

VENEZUELA: Distribuidora Continental, S. A. - Ferrenquín a la Cruz, 178 - CARACAS.

LLUVIA DE ESTRELLAS





Nació el 28 de agosto de 1916. Del teatro y la televisón pasó al cine en donde ha alcanzado gran popularidad. Sus películas más destacadas son: "20 segundos sobre Tokio", "Vivir un gran amor" y "La última vez que vi París".

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)
PRECIO EN ESPAÑA: 6 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain